

EVARISTO MARTÍN NIETO

LA
VIRGEN
MARÍA

ESCUELA BÍBLICA
DE
TORRE DEL MAR

Primera Edición: MAYO 1998

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de Torre del Mar

I.S.B.N.: En trámite

Depósito legal: MA-.../98



ESCUELA BÍBLICA DE TORRE DEL MAR

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --
C/ San Martín nº 2
29740 TORRE DEL MAR (Málaga)

PRESENTACIÓN

El concilio Vaticano II se propuso una renovación de la mariología con la vuelta a las fuentes y, en primer lugar, a la Sagrada Escritura, de la que hay que hacer un uso recto y objetivo, sin pretender encontrar en ella todas las verdades marianas, pues no son muchas las cosas que en ella encontramos de María, aunque estas cosas son las fundamentales para que, a partir de ellas, puedan trabajar los teólogos.

Los mariólogos deben mantener el equilibrio justo evitando, por una parte, "toda falsa exageración" y, por otra, "una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la madre de Dios" (LG 67).

El concilio rehusó elaborar un documento específico, a modo de tratado teológico, sobre la Virgen, a la que dedica el capítulo VIII de la Constitución Dogmática sobre la iglesia, Lumen Gentium (LG). No intentó proponer una doctrina completa sobre María, ni resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos (LG 54), los cuales gozan de plena libertad para seguir manteniendo sus opiniones y profundizando en el estudio de la doctrina mariológica.

Lo que sí hace el concilio es marcar las directrices de estos estudios que deben presentar a María en íntima relación con

Jesucristo y con la Iglesia y no en sí misma como figura independiente o autónoma.

Así lo hacen las páginas de este pequeño libro escrito de manera muy clara y muy sencilla. Páginas que son el fruto de unas cuantas clases impartidas en la Escuela Bíblica de Torre del Mar y seguidas por un magnífico y nutrido grupo de alumnas y de alumnos que, con su dedicación constante y ferviente al conocimiento de la Biblia, son los que en realidad las han escrito.

Con ello la Escuela Bíblica cumple con lo expuesto por Juan Pablo II en la Constitución Apostólica Tertio Milenio Adveniente de que María esté presente de una manera transversal a lo largo de toda la fase preparatoria del gran jubileo del año 2000.

I.- ANTIGUO TESTAMENTO

En el A.T. sólo hay tres textos que se refieren a la Virgen: como madre del Redentor, como madre del Emmanuel y como madre del Soberano: Gn 3,15; Is 7,14; Miq 5,1-4.

I.- La madre del Redentor: Gn 3,15

"Pongo perpetua enemista entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la tuya; esta te aplastará la cabeza y tú le morderás a ella el calcañal".

A este texto se le ha llamado "el protoevangelio". Estamos ante un lenguaje profético y simbólico en el que las enemistades son de orden moral. La serpiente es un ser racional, el demonio, bajo la figura del reptil repugnante. La descendencia de la mujer es la colectividad humana y la de la serpiente es la colectividad demoniaca. La mujer es Eva en sentido literal histórico y María en sentido pleno.

La mujer no puede ser sólo María en sentido literal estricto, pues una palabra en el mismo contexto ha de interpretarse en el mismo sentido, a no ser que haya razones evidentes en contra. En todo el cap. 3 del Génesis la palabra "mujer" se refiere siempre a Eva. Por tanto, también en 3,15 se tiene que referir a Eva. De la mujer de Gn 3,15 se dicen tres cosas: 1) Habrá enemistades entre ella y la serpiente. Y entre Eva y la serpiente ciertamente las habrá. 2) Habrá enemistades entre

la descendencia de la mujer y la descendencia de la serpiente. Y las habrá entre la humanidad entera y la comunidad demoniaca. 3) Habrá una victoria de la descendencia de Eva sobre la serpiente. Esta descendencia es toda la humanidad en sentido literal y lo es también de manera eminente Jesucristo que, con su muerte, derrota el poder del demonio.

En la Sagrada Escritura no hay un solo texto que interprete el protoevangelio en sentido mesiánico y mariológico. Sí lo hay en los Santos Padres y en la Tradición, como lo indica la bula "ineffabilis" de Pío IX que dice:

"Los Padres y escritores de la Iglesia, al explicar las palabras 'pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya', enseñan que en esta profecía se indicaba a Jesucristo, Redentor del género humano y se designaba a su madre la Virgen María".

Se trataría de una verdad de fe , en la que los Santos Padres representan la tradición como fuente genuina de revelación.

La descendencia de Eva hay que considerarla bajo un doble aspecto: 1º) Bajo el aspecto de enemistad y significa a todo el género humano. 2) Bajo el aspecto de la victoria definitiva, perfecta y absoluta. Y en este aspecto no puede significar a todo el género humano, pues ningún hombre obtiene esa victoria sobre el Diablo. Sólo la obtienen Jesucristo y la santísima Virgen. Él por virtud propia y ella por pura gracia, por puro privilegio. En este aspecto la descendencia de Eva es en sentido literal estricto Jesucristo, pero Jesucristo en cuanto hombre y, por tanto, triunfador por María que, por ser la madre de la descendencia victoriosa, está también presente en el protoevangelio en sentido literal implícito o pleno. María

está íntimamente unido a Jesucristo en la lucha y en la victoria.

2.- La madre del Emmanuel: Is 7,14

"La virgen está encinta y da a luz un hijo, al que pone el nombre de Emmanuel"

Ajaz, rey de Judá, al constatar que Pecaj, rey de Israel y Rasín, rey de Siria, se han coaligado contra él, busca apoyo en el rey de Asiria. Isías le dice que no tenga miedo, porque esa coalición no podrá nada contra él, pues él es el rey de Judá, cuya capital es Jerusalén, la ciudad de Yavé que es inexpugnable. Pecaj y Rasín se apoyan en sus efectivos humanos, son simplemente "dos tizones humeantes" (7, 4), que se están ya apagando y que sólo sirven para echar humo que alarma, pero no fuego abrasador que destruye. Ambos desaparecerán bajo el poder asirio. Ajaz, sin embargo, cuenta con la fuerza omnipotente de Yavé en el que debe confiar, pues "si no tenéis fe, no podréis subsistir" (7,9).

Como garantía de cuanto dice, Isaías ofrece a Ajaz un "signo", el que quiera, en las profundidades del abismo o en las alturas del cielo (9,11), la resurrección de un muerto o la provocación de un fenómeno atmosférico imprevisible. El rey rechaza el signo. Isaías indignado vuelve la espalda al rey y en tono solemne y amenazador se dirige a la casa de David, al pueblo entero, con estas palabras:

"Escuchad, pues, casa de David, ¿Os parece poco cansar a los hombres que queréis también cansar a Dios? El

Señor mismo os dará una señal. Mirad, la Virgen encinta da a luz un hijo al que pondrá el nombre de Emmanuel" (7,14).

La señal, ofrecida por el profeta y rechazada por el rey, era de benevolencia y de protección divina, mientras que la señal, que ahora se da, es de castigo y de liberación. El niño, que nacerá, tendrá que alimentarse de "cuajada y de miel" hasta que tenga uso de razón (7,15), porque antes de que tenga uso de razón el país será devastado (7,16), las tierras quedarán sin labrar como consecuencia de la guerra, sólo habrá zarzas y espinas; la única comida será la de los nómadas del desierto, cuajada y miel silvestre. El país será asolado por los asirios, en los que el rey Ajaz había buscado apoyo.

Esta profecía fue interpretada por Mateo en sentido mesiánico y mariológico y así lo hicieron también los Santos Padres y los escritores eclesiásticos, apoyados en el texto del evangelista:

"Todo esto pasó para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por el profeta: 'La virgen concebirá y dará a luz un hijo al que pondrá el nombre de Emmanuel" (Mt 1,22-23).

1.) SENTIDO MESIÁNICO

De que el niño se llame "Emmanuel"-Dios con nosotros-no se deduce que sea el Mesías. Eso sólo se deduce de todos los rasgos que le configuran contenidos en el llamado "libro del Emmanuel" (Is 7-11). El Emmanuel será el futuro salvador de Israel (8,9-16), la luz que ilumina al pueblo en tinieblas (9,1), su futura alegría y esperanza (9,2), cualidades que sólo son

aplicables al Mesías:

"Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; sobre sus hombros el imperio y su nombre será: Consejero admirable, Dios fuerte, padre eterno, príncipe de la paz, para ensanchar el imperio, para una paz sin fin, en el trono de David y en su reino; para asentarlo y afirmarlo en el derecho y la justicia, desde ahora y por siempre. El celo del Señor omnipotente hará todo esto" (9,5-6).

Estará dotado de una singular sabiduría de gobierno será "Dios fuerte", frase que siempre en el A.T. se refiere a Yavé (Is 10,21; Jer 32,18), por lo que no es difícil deducir el carácter divino del niño; "padre eterno y príncipe de la paz", porque en su reino instaurará la justicia, base de la paz:

"Juzgará con justicia a los débiles y con rectitud a los pobres del país... la justicia será el ceñidor de su cintura, la lealtad, el cinturón de su cadera" (11,4-5).

Misión fundamental será implantar la justicia en las naciones (Is 42, 1), evangelizar a los pobres y liberar a todos los oprimidos de la tierra (Is 61,1). Todo esto se cumple en el Mesías, Jesucristo:

"El Señor le dará el trono de su padre David, reinará en la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin" (Lc 1,32-33).

La señal dada por el profeta tiene un doble carácter: 1º) *De castigo*. Judá será arrasado próximamente por los asirios con los que quiso aliarse. Las aguas caudalosas y torrenciales -el rey de Asiria con todo su poder- inundarán Judá, hasta que a

todos les llegue el agua al cuello (Is 8,7-8; 9,8-12). 2º) *De liberación*. La liberación se anuncia en doble perspectiva: Una inmediata y se refiere a la derrota de las tropas de Senaquerib, rey de Asiria, a las mismas puertas de Jerusalén por manos del ángel de Yavé (2 Re 19,35-37) y otra escatológica, la liberación mesiánica: Judá, la patria del Emmanuel, la "tierra de Yavé", no puede permanecer en manos paganas, será definitivamente liberada por el Emmanuel. No sólo Judá, sino también Israel, el pueblo entero, tiene que mantener viva la idea del mesianismo, generador de esperanza y de fe, pues el Emmanuel vendrá en su ayuda. De ese pueblo saqueado y diezmado quedará un "resto", los supervivientes de la casa de Jacob -el padre de las doce tribus- que ya no buscarán más apoyo en los asirios y en ningún poder humano, "se apoyarán con lealtad en Yavé, el Santo de Israel, el Dios fuerte" (Is 10,20-21)

Todos estos textos significan que el verdadero Emmanuel es el Mesías, el "Dios con nosotros", como él mismo dirá: "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20)

2.) SENTIDO MARIOLÓGICO

Si el Emmanuel es Jesucristo, la madre del Emmanuel es evidentemente María. El vocablo hebreo técnico para designar a una mujer virgen, sea la que sea, es *betulah*. En la profecía, sin embargo, se dice *almah*, palabra que designa a una mujer joven, doncella, soltera, núbil, a la que el derecho supone virgen. La supone y es virgen. Así lo confirman los contextos en los que la Biblia emplea la palabra. En Gn 24,16 43 se aplica a Rebeca antes de casarse con Issac. En Ex 2,8 se aplica a María la hermana de Moisés, que se quedó siempre soltera.

En Cant 6,8 se habla de tres clases de mujeres en el harem del rey. Unas son reinas y estaban casadas con él en legítimo matrimonio, otras son concubinas con las que el rey mantenía relaciones conyugales y las demás eran doncellas -*almoth*- que no habían cohabitado con el rey. La Sagrada Escritura no emplea nunca la palabra *almah* para designar a una mujer casada o a una joven que no sea virgen.

La interpretación que la tradición ha dado siempre a la palabra *almah* es la de virgen. Así lo confirma ya la versión de los LXX que *almah* traduce por *parthenos* (virgen en sentido estricto), la peschita que lo hace por *bethulta* (virgen) y la Vulgata por "virgo".

Si esta doncella (*almah*) sin casar está encinta y da a luz, es necesario que haya concebido milagrosamente, pues de lo contrario Isaías estaría hablando solemnemente para ensalzar un pecado, lo cual es inconcebible. Y si el derecho la supone virgen, esta es la traducción correcta: "He aquí que la virgen encinta da a luz". El profeta la sigue llamando virgen a pesar de haber concebido y dado a luz, lo que afirma la virginidad en la concepción y en el parto.

La profecía tiene, por consiguiente, un sentido literal histórico referido a María, madre del Mesías. No faltan, sin embargo, los que prefieren hablar de un sentido típico e identifican el Emmanuel con Ezequías: Igual que la madre de Ezequías dio a luz un hijo que garantizaba la supervivencia de la dinastía davídica, así María da a luz a otro hijo que reinará para siempre en la casa de David. Y así como el nacimiento de Ezequías tuvo un carácter prodigioso, pues fue anunciado por el profeta como un "signo", así también el nacimiento de Jesús fue más prodigioso aún, porque fue concebido por una virgen

y por la sola fuerza del Espíritu Santo, sin concurso de varón. Y en ese caso, la madre (Abia) del Emmanuel histórico contemporáneo (Ezequías) es figura de la virgen (María), madre del Emmanuel escatológico (Jesucristo). Es decir, lo acaecido en tiempos del rey Ajaz encuentra su pleno cumplimiento, perfecto y definitivo, en el misterio de la concepción virginal de Jesucristo.

Creo que no es posible esta interpretación por varias razones: 1) Porque Abia estaba casada con el rey Ajaz; por tanto, no podía ser denominada *almah*, como ya he indicado. 2) Porque cuando Isaías pronuncia 1a profecía, Ezequías ya había nacido y probablemente tenía 18 años. 3) Porque todo lo que se dice del Emmanuel en los textos antes citados no se puede aplicar a Ezequías que entregó a Senaquerib toda la plata del templo de Yavé y los tesoros del palacio real (2 Re 18,15), buscó apoyo en Egipto (2 Re 18,21) y no en Yavé, y se echa a temblar, como hombre de poca fe, cuando Isaías le anuncia su muerte próxima (2 Re 20,2-3).

La interpretación mesiánica y mariana encuentra una dificultad. La señal ofrecida parece que va a tener un cumplimiento inmediato y la aparición del Mesías acontece 700 años después, cosa que no podía prever el profeta. A esto hay que contestar que la profecía, en lo referente al castigo, aconteció con la invasión asiria y en lo referente a la liberación definitiva se cumplió con el nacimiento del Mesías. El profeta tuvo una visión clara de la primera parte y oscura de la segunda. Es lo que se llama la visión en ángulo. El profeta y Dios -verdadero autor de la profecía- están colocados en el vértice, pero el profeta, con respecto a Dios, es miope y sólo alcanza a ver a corta distancia, cuando los lados del ángulo apenas han comenzado a abrirse, mientras que Dios con su

mirada larga, infinita, clarividente, alcanza a ver todo lo contenido entre esos dos brazos del ángulo que se abren y se extienden con más o menos amplitud. Aquello de más allá, que el profeta no alcanza a ver, o que ve confusamente, que nosotros vemos ahora, después de la revelación, es el sentido literal pleno del texto. Y en este caso es Mateo el que nos descubre este sentido literal mesiánico y mariano de la profecía que él ve perfectamente cumplida en Jesucristo y en María.

3º. La madre del Soberano: Miq 5,1-4

Contemporáneo de Isaías, el profeta Miqueas también predica una profecía mariana similar a la de Isaías:

"Y tú, Belén de Efrata, la más pequeña entre los clanes de Judá: de ti me saldrá el que ha de reinar en Israel. Sus orígenes vienen de antiguo, de tiempos remotos. Por eso el Señor los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. El se alzará y pastoreará el rebaño con la fortaleza de Yavé, con la majestad del nombre de Yavé su Dios. Vivirán tranquilos porque él extenderá su poder hasta los confines de la tierra. El mismo será la paz"

El reino de Judá está amenazado por los asirios, en riesgo de desaparecer, y Sión está sumergida en un mundo de sufrimientos y calamidades ante el inminente ataque del enemigo. La invasión se hace irremediable. Es el precio que tiene que pagar el pueblo por la insensatez de su rey que, en

lugar de confiar en Yavé, se apoyó únicamente en los recursos humanos buscándolos en el extranjero que ahora se ha convertido en su azote.

Pero no hay que dejarse llevar por la desesperanza, Sión no perecerá. Este estado de crisis es pasajero. Durará sólo hasta la que ha de dar a luz dé a luz. El niño que nacerá reinará en Israel, será el Soberano, el libertador que hará recobrar al pueblo los tiempos gloriosos del rey David, porque no sólo liberará a Judá (el reino del sur), sino también a Israel (el reino del norte) para unir lo que nunca debió separarse tras la muerte de Salomón. El reinado de ese niño estará de nuevo integrado por todas las tribus en unión fraternal. Los hermanos separados del reino de Israel se unirán para siempre con las del reino de Judá. El profeta habla de un retorno espiritual que desembocará en la unidad moral y religiosa. Eso será así porque el niño cuenta con la "fortaleza de Yavé".

Asiria viene a ser el símbolo de todos los enemigos de Israel que irán surgiendo a lo largo de la historia y que serán definitivamente derrotados por el Soberano que surgirá en Belén de Efrata. La mujer misteriosa y el niño que dará a luz no son otros que María y Jesucristo, el Mesías. Así lo entendió siempre el pueblo judío, pues cuando los Magos preguntaron a Herodes dónde estaba el que ha nacido, rey de los judíos, Herodes preguntó a los maestros de la ley por el lugar del nacimiento, y esta fue la respuesta:

"En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá un Soberano que será el pastor de su pueblo

Israel" (Mt 2,5-7).

Miqueas se fija en el aspecto material de Belén de Efrata (Gn 35.16), distinta de Belén de Zabulón (Jos 19,15), una ciudad bien pequeña, y Mateo, una vez cumplida la profecía, se fija en el aspecto moral de Belén, una ciudad bien grande.

Hay otro texto del evangelio de Juan que indica también la creencia popular de que el Mesías, por su origen davídico, tenía que nacer en Belén, la ciudad de David, dando a la profecía de Miqueas una interpretación literal, como también lo ha hecho, de manera unánime, la tradición cristiana:

"¿No dice la Escritura que el Mesías tiene que venir de la estirpe de David, de Belén, el pueblecito de donde era David?" (Jn 71,41) .

El Soberano es una persona real, bien determinada y no una persona ideal y abstracta que se pierde en la nada. Sus características son exclusivamente mesiánicas. Nacerá en Belén; de la estirpe de David; reinará en Israel; el pueblo estará prácticamente dejado de la mano de Dios hasta que él venga; cuando venga, el pueblo será definitivamente liberado, terminará el cisma de Israel, reinará sobre el mundo entero y eso traerá la paz. Todos estos aspectos de la profecía (Miq 5,1-4) sólo se pueden aplicar a Jesucristo. Y si el Soberano es Jesucristo, la que le dará a luz es evidentemente María

El mejor comentario a esta profecía (Miq 5,1-4) es la de Isaías (7,14), dos profetas contemporáneos que se complementan y se explican mutuamente. Uno habla del Emmanuel, Dios con nosotros; otro del Soberano con un poder divino. Uno de la que da a luz y otro de la que ha de dar

a luz. Los dos hablan del castigo inminente, los dos se refieren a una liberación próxima tras el castigo y de una liberación remota en los tiempos mesiánicos. Los dos anuncian el reinado universal del Emmanuel y del Soberano y los dos celebran la paz que sobrevendrá, con la venida de esos personajes misteriosos que se identifican con el "Príncipe de la paz", que él mismo es la paz.

4º.- Otros Pasajes del Antiguo Testamento

En el A.T. hay también otros pasajes en los que los Santos Padres, el Magisterio de la Iglesia y los escritores eclesiásticos han visto, de una manera o de otra, la presencia de la Santísima Virgen. Usando el método *derásico* propio del género literario llamado *midras* (d r s= busca), han buscado e indagado en el A.T. y han creído descubrir múltiples referencias marianas que ellos exponen con fines homiléticos, piadosos y espirituales. Pero como ellos, a diferencia de los hagiógrafos, no están inspirados, no podemos hablar de sentidos marianos propiamente bíblicos. Estos son algunos de esos pasajes:

La Hija de Sión. Sión significa la fortaleza, la ciudad de Dios, centro de gravitación de la historia de la salvación, el ombligo del mundo. María es la "hija de Sión", el Israel nuevo, el nuevo pueblo de Dios. Los oráculos proféticos dirigidos a la hija de Sión tienen grandes semejanzas con las palabras del ángel dirigidas a María en la Anunciación y las de la Virgen en el Magnificat: "Alégrate, hija de Sión; regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén" (Sof 3,14; Zac 9,9). "Canta y alégrate, hija de Sión... el Señor omnipotente me ha enviado a ti" (Zac 2,14-15),

"Alégrate, llena de gracia" (Lc 1,28). "Mi alma glorifica al Señor, mi espíritu se regocija en Dios mi salvador" (1,46-47).

El Arca. En el arca estaban depositadas las tablas de la ley: las diez leyes fundamentales de la Antigua Alianza. El propiciatorio -la tapa del arca- estaba cubierto por las alas extendidas de los querubines sentados de rodillas sobre él, uno frente al otro, y con los ojos puestos en el centro del propiciatorio. El arca era de madera noble, incorruptible, toda ella recubierta de oro (Ex 37,1-9). Sobre ella se presencializaba la gloria del Señor. María es el Arca de la Alianza Nueva, templo vivo de Dios, arca incorrupta y gloriosa en el cielo más alto.

Eva. Eva fue la madre de todos los humanos según la carne (Gn 3,20) y el origen del pecado (2 Cor 11,3;1 Tim 2,14). San Pablo establece la siguiente relación entre Adán y Cristo: "Como el pecado de uno solo (Adán) trajo la condenación de todos, así la justicia de uno solo (Jesucristo) trae a todos la justificación que da la vida" (Rom 5,18). Y como todos mueren en Adán, así también todos revivirán en Cristo" (1 Cor 15,22). Estos textos dieron pie a los Santos Padres para que establecieran la siguiente comparación. Igual que Adán es una figura tipológica y antitética de Jesucristo, así Eva lo es también de María. Eva es la madre carnal de todos y María la madre espiritual.

La esposa del Cantar. La esposa del Cantar de los Cantares, el poema más bello, "la más agraciada de las mujeres" (1,8), "nardo aromático" (1,12), "lirio de los valles" (2,1), "columna de humo que sube del desierto esparciendo perfumes de mirra y de incienso" (3,6), es María, la esposa que exhala los aromas divinos del Espíritu Santo, el amado de su alma.

La puerta cerrada. La Virgen María es "la puerta cerrada" del templo que daba al oriente, visionada por Ezequiel. La puerta santa que Yavé había santificado al entrar en el templo y por la que ya nadie podrá entrar. Sólo el príncipe podrá tener acceso a ella (Ez 4,1-3).

La tierra virgen. María es como la tierra del paraíso, no cultivada por la mano del hombre; tierra incólume, intacta y virginal, surgida por la palabra de Yavé y acariciada por sus ojos divinos (Gn 2,5).

Nube ligera. María es como la nube ligera sobre la que viene el Señor (Is 19,1). A través de ella el Hijo de Dios vino a este mundo en figura humana (Jn 1,9)

La escala de Jacob. Jacob tuvo un sueño. Una escala que se apoyaba en la tierra y que llegaba hasta el cielo. Por ella bajaban y subían los ángeles de Dios, Dios mismo. La escala es el símbolo de la comunicación y de la unión continua del cielo con la tierra. Y eso es María, la unión misteriosa de lo humano y lo divino, porque en ella se hace presente Dios para comunicarse con los hombres (Gn 28,12)

Salmo 19,6: María es el tabernáculo del que sale Jesucristo, como un esposo de su alcoba, como el sol que emprende su carrera para iluminar el mundo entero.

Salmo 22,10: Es el salmo de los pobres y de los marginados que Jesucristo recitó en la cruz antes de morir. Por esta razón se han aplicado personalmente a él mismo y a María estas palabras: "Tú me sacaste del vientre de mi madre"

Salmo 24: El rey de la gloria entra solemnemente en el

templo -se trata del traslado del arca del templo de Silo al templo de Salomón-. Las puertas del templo se abren jubilosas para que entre el rey de la gloria. María es también el templo que abre las puertas de su alma para que Dios entre en ella y a través de ella entre en el mundo.

Salmo 45,11-18: En la reina que entra majestuosamente en la mansión palaciega del rey, se ha visto a María, la reina que entra triunfalmente en el palacio celestial.

Salmo 67,7: El salmo da gracias a Dios tras un año rico de cosechas. "La tierra ha dado sus frutos". Y esa tierra, fecunda cual ninguna, es María que nos ha dado el fruto máspreciado: Jesucristo.

Salmo 72,6: Como cae la lluvia sobre el césped, como el rocío que humedece la tierra, así cayó del cielo el Hijo de Dios y se hizo carne en María, la tierra fecundada por la lluvia celestial del Espíritu.

Todos estos textos y pasajes no son más que un manojo de sentidos acomodaticios aplicados muy acertadamente a la Virgen María.

II.- EL NUEVO TESTAMENTO

1.- Las Cartas Paulinas

En los escritos paulinos no hay referencia expresa a María. Sí la hay, de manera indirecta, en tres textos: Gal 4,4; Flp 2,6-8; Rom 1, 3-4.

Gal 4,4 : *"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer"*.

La preexistencia del Hijo de Dios parece clara, aunque para algunos eso es discutible. Pablo quiere poner de relieve la condición humana del Hijo de Dios, pues nace de una mujer. Y esa mujer es María, a la que Pablo se refiere únicamente en cuanto madre.

Flp 2,6-8: *"Cristo, teniendo la naturaleza de Dios, no juzgó como codiciable tesoro el mantenerse igual a él, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres"*.

Este texto pertenece a uno de los primitivos himnos cristológicos, adoptado y adaptado por Pablo. La preexistencia de Cristo es evidente, como lo es el hecho de su encarnación humana. Pablo sólo se refiere al hecho, pero nada dice de qué manera el preexistente, de naturaleza divina, se hace hombre real.

Rom 1,3-4: *"... su Hijo, nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de Santidad, por su resurrección de los muertos,*

Jesucristo Señor nuestro".

El texto afirma dos cosas: la descendencia davídica de Jesús y su condición de Hijo de Dios.

Los exegetas discuten sobre la significación del participio *genomenou*. Unos, los más, apoyados en los principales manuscritos griegos, dicen que se trata de un participio de la voz media del verbo *ginesthai* que significa "llegar a ser", "nacer". Otros creen que se trata de un participio pasivo del verbo *gennaō* que significa "engendrar", "dar a luz". Los primeros hacen notar que en los otros dos textos paulinos (Flp 2,7 y Gal 4,4) Pablo emplea el verbo *ginesthai* que habla sólo de "nacer" y no de "engendrar" o "dar a luz", por lo que en la mente de Pablo, Jesucristo no fue engendrado por un hombre. Pero, ¿cómo probar que esa era en efecto la mente de Pablo?

Los tres textos paulinos ni afirman, ni contradicen la concepción virginal del Hijo de Dios en el seno de María, aunque, dada su preexistencia, se puede lógicamente deducir que fue virginalmente concebido en la que siempre fue virgen.

2.- El evangelio de Marcos

María aparece dos veces en este evangelio.

Mc 3,31-35: "Llegaron su madre y sus hermanos y quedándose fuera, le mandaron a llamar. La gente estaba sentada a su alrededor. Y le dijeron: "Ahí fuera te buscan tu madre y tus hermanos. El respondió: Quiénes son mi madre y quiénes son mis hermanos?. Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: Estos son mi madre y mis

hermanos. El que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre".

La verdadera familia de Jesús no es la familia física, formada por sus consanguíneos, sino la familia cristiana, integrada por todos los que le siguen, los ciudadanos del reino de Dios que él ha venido a establecer en la tierra. Jesús no reniega de su parentesco humano. Lo que dice es que la familia física carece de importancia y tiene que ceder ante la familia cristiana, a la que sólo pertenecen los que hacen la voluntad de Dios y de la que naturalmente no está excluida la familia física. El pasaje no está exento de simbolismos. La familia física es la que está *fuera* y la familia cristiana es la que está *dentro* de la casa, es decir, dentro de la Iglesia.

Mc 6,3: "*No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José , Judas y Simón? No están aquí entre nosotros sus hermanos?"*.

Los otros tres evangelistas en los lugares paralelos, llaman a Jesús "el hijo del carpintero" (Mt 13,55) o "el hijo de José" (Lc 4,22; Jn 6,42). Por qué Marcos le llama "el hijo de María"?. A esta pregunta se han dado varias respuestas. 1) Porque Marcos quiere recalcar la condición humana de Jesús, que nace de una mujer, como todos los humanos, y por consiguiente, no hay que sublimarlo tanto como para hacer de Él un ser puramente celeste. 2) Porque cuando se escribe el evangelio, ya había muerto San José. 3) Porque Marcos quiere decir que Jesús no tuvo padre humano, afirmando implícitamente su concepción virginal. 4) Porque los que decían esto, lo hacían de mala fe, dando a entender que Jesús era de padre desconocido.

Ninguna de estas explicaciones es convincente. Marcos le llama simplemente "hijo de María", como pudo llamarle "hijo de José". No hay que andar con otras imaginaciones.

En cuanto a los hermanos y hermanas de Jesús, hay también diversas opiniones. Lo primero que hay que decir es que la perpetua virginidad de María es incompatible con que estos hermanos sean hijos naturales de José y María. Tradicionalmente, a partir de san Jerónimo, se ha dicho que la palabra "hermano" -adelfos- se corresponde con el vocablo hebreo "ah" o el arameo "aha" que significa "pariente". El Protoevangelio de Santiago (s.II) dice que san José era viudo y fue a su segundo matrimonio con María llevando esos hijos de su anterior matrimonio. Otros, en su mayoría protestante y algunos católicos, afirman que la palabra adelfos significa hermano consanguíneo, por lo que esos hermanos eran hijos de José y de María, salvaguardando, como es natural, la concepción virginal de Jesús. Eso mismo afirmaban algunos autores de la antigüedad, tales como Hegesipo y Tertuliano.

3.- Evangelio de Mateo

1. GENEALOGÍA DE JESÚS: Mt 1,1-16

Llama la atención que en el árbol genealógico de Jesús figuren cuatro mujeres, dada la discriminación de la mujer, olvidada socialmente y no tenida en cuenta para nada. Y la llama todavía más si nos fijamos en las situaciones personales de esas mujeres, bastante complicadas, extrañas y anómalas. Tres eran extranjeras (Tamar, Rut y Rajab) y a la otra, Betsabé, no se la cita por su nombre, sino "la que fue de Urías el hitita".

Tamar se disfrazó de ramera, al sentirse lastimada en sus derechos, para tener un hijo con su suegro Judá, que la había defraudado (Gn 38). Rajab (prostituta?), sirvió muy eficazmente a la entrada de los israelitas en la tierra prometida (Jos 2). Rut, moabita, unida con Booz, es una de las progenitoras de David (Rut 4,12-16). Betsabé, tras el adulterio con David, y la muerte ignominiosa de Urías, consigue que la dinastía davídica se prolongue a través de su hijo Salomón (2 Sam 11).

Si la historia de estas cuatro mujeres es algo fuera de lo normal y Mateo las refiere como ascendientes de Jesús, es porque le sirven de marco para la situación personal de María y la concepción de Jesús, todavía más extraña y sorprendente, tan extraordinaria y tan misteriosa que sólo la revelación del misterio que se realiza en ella la hace comprensible, a la vez que a ella la enaltece por encima de lo imaginable. Las otras cuatro mujeres eran, de alguna manera, también enaltecidas como eslabones fundamentales del mesianismo.

2. CONCEPCIÓN VIRGINAL DE JESÚS; 1,18-25

De esto hablaremos después al tratar del la "Anunciación" en el evangelio de Lucas. Hacemos una breve referencia a dos aspectos propios de Mateo:

1º) San José ignora el hecho de la anunciación y se encuentra con que María está encinta. Como era "justo" quería cumplir con la ley y divorciarse (Dt 22,20-21), pero como era bueno y no quería hacer daño a María, su esposa, decide no denunciarla públicamente y desaparecer él secretamente de la escena, con lo que todos los improperios caerían sobre él. El Ángel se le aparece en sueños y le desvela

el misterio: "Lo concebido en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús; porque él salvará al pueblo de sus pecados" (Mt 1,21). San José tiene que hacer de padre y cumplir con todas las obligaciones de tal. Él, no sólo María, tiene una misión importante en la obra salvadora de Jesús.

2º) María ha concebido y dará a luz de manera virginal, permaneciendo en su virginidad. Se cumplirá en ella la profecía de Isaías, de la que ya hemos hablado (Is 7,14): "La Virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrá el nombre de Emmanuel" (Mt 1,23).

Hay otros textos marianos en el evangelio de Mateo, paralelos y prácticamente idénticos a los de Marcos, a los que ya me he referido (Mt 12,46-50 y Mc 3,31-35; Mt 13,55-56 y Mc 6,5).

4.- Los escritos de Lucas

1º) El evangelio

El evangelio de Lucas es el libro de la Biblia con más contenido mariano. Los más importantes son la Anunciación y el Magnificat.

I.- La Anunciación: Lc 2,26-38

Los estudios actuales sobre la Anunciación del Señor, desde el punto de vista literario y también teológico, lo hacen en relación con la anunciación de Juan Bautista, pues se trata de dos dípticos paralelos.

Anunciación del bautista (Lc 1,8-23) -Anunciación de Jesús (Lc 1,26-38)

Nacimiento del Bautista (1,57-58) -Nacimiento de Jesús (2,6-14)

Circuncisión del bautista (1,59-66) - Circuncisión de Jesús(2,21)

La Anunciación de Jesús es un hecho histórico, aunque esté relatado siguiendo el esquema literario que, a manera de cliché, se repite en el A.T.: el anuncio de Isaac (Gn 17,18), de Moisés (Ex 3,4), de Gedeón (Jue 6), de Sansón (13,1-5), de Samuel (1 Sam 1-2), del Bautista (Lc 1,5-20).

En todos estos anuncios se dan estas cinco cosas: Aparición del ángel, proclamación del mensaje del ángel, tribulación en aquel a quien se dirige el ángel, objeción al mensaje por parte del que lo recibe y garantía del mensaje por el anuncio de un signo.

Todo esto, que supone una elaboración teológica en el caso de María por parte de Lucas que usa el método derásico al actualizar los relatos veterotestamentarios, no afecta a la objetividad del hecho.

Que el Hijo de Dios quisiera nacer de una mujer (Gal 4,4) es ya una insospechada revolución, dada la marginación en que entonces se encontraba la mujer. Que esa mujer fuera de una condición humildísima y habitara en un villorrio insignificante, totalmente desconocido en el A.T. y en Flavio Josefo, minusvalorado e incluso vituperado por la sociedad (Jn 1,46), habitado por gente intolerante, envidiosa y violenta (Lc 4,28-

29), es otra revolución. Dios elige estas situaciones humanas, sociales y geográficas, para realizar su proyecto en el mundo, la encarnación de su Hijo. Todo esto significa el contravalor de Dios frente a los vanales valores humanos.

1 - APARICIÓN DEL ÁNGEL

"A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven virgen, prometida de un hombre descendiente de David llamado José. La virgen se llamaba María" (Lc 1,26-27).

Sobre el nombre de "María" se han llegado a proponer hasta unas sesenta etimologías. He aquí tres entre las más probables: *Mara*: ser bella (Miryam), exaltada; de la raíz *ra'ha*: ver, ser vidente; de *Mar*, y *Mari*: señora.

María y José habían celebrado ya los esponsales pero no vivían juntos. Los esponsales (algo similar a la petición de mano, sólo que con fuerza jurídica) eran tenidos como verdadero matrimonio (Dt 22, 23-24), pero tenía que transcurrir al menos un año, durante el cual no podían vivir conyugalmente y consumar el matrimonio. Los desposorios en las mujeres era a los 12 ó 13 años y en los hombres entre los 18 y los 24.

Una infidelidad cometida durante los esponsales era tenida como un adulterio. Si el prometido moría, la prometida era considerada viuda y la asistía la ley del levirato.

El Mesías tenía que ser descendiente de David. José lo era y eso ya garantizaba la ascendencia davídica de Jesús. Pero como José no era el padre natural, se ha dicho que la Virgen

era también de la tribu de Judá aunque no falte quien diga que era de la tribu de Leví ya que su tía Isabel lo era (Lc 1,5.36)

"El ángel le dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (1,28).

"*Jaire*" (alégrate) es un saludo griego que no tiene nada que ver con el saludo judío que hubiera sido este: *Shalom leka* (la paz a ti), ni con el saludo latino como lo traduce la Vulgata: Ave (salve). No se trata de un simple saludo, sino de una invitación imperativa a la alegría. María debe alegrarse, pues es la primera destinataria de la Buena Noticia que Dios va a anunciar al mundo a través de ella, la llegada del Mesías. Este "alégrate" evoca el texto mesiánico de Sofonías: "Salta de júbilo, hija de Sión; alégrate hija de Jerusalén, porque tu rey viene a ti, justo y victorioso" (Zac 9,9). Al evangelio de Lucas se le ha llamado el evangelio de la alegría, pues muchos pasajes así lo confirman (1,68-79; 2, 13.29-32; 5,26; 10,17.20; 13,17; 18,43). El ángel le da dos razones para esa alegría:

1ª) *María es la "llena de gracia" (kejaritomene)*. Es el nuevo nombre dado por el ángel a María a la que Dios ha querido mirar con una singular benevolencia y por eso la ha llenado de gracia y de hermosura, tanto en lo físico, como en lo espiritual. Esta hermosura, este encanto personal de María suscita en Dios una benevolencia nueva, la hace más querida de Dios y, como consecuencia, Dios la llena aún más de gracia, lo que produce nuevas benevolencias y nuevas gracias y, de este modo, de manera constante, la Virgen está siempre llena y siempre llenándose de favores divinos, de gracia y de belleza, con lo que tenemos que la Virgen es la mujer más agraciada espiritual y físicamente de la tierra. La Virgen está llena de gracia ya antes de la concepción. Lo está, no porque

haya concebido a Jesús, sino porque le va a concebir "para que fuese digna madre suya" (J. Maldonado). El ángel le da un nombre nuevo en consonancia con su misión: "La llena de gracia", por ser madre del que es la misma gracia.

2ª) *El Señor está contigo*. Dios está con ella de una manera singular, como realizador de las promesas mesiánicas. Dios estaba siempre con los grandes personajes del A.T., elegidos para llevar a cabo una misión especial. Con Isaac (Gn 26,34), con Jacob (Gn 28,15), con Moisés (Ex 3,12), con David (1 Sam 17,37), con Jeremías (1,8), Cuando Dios encomienda a alguien una misión, le da el poder para llevarla a cabo. Dios está con María de un modo especialísimo, pues no sólo está con ella, va a estar en ella, actuando en ella con una presencia dinámica, con un poder divino santificador y transformante, San Agustín hace decir esto al ángel:

"El Señor está contigo mucho más que conmigo. Pues en mí está por haberme creado; pero en ti por haberle tú engendrado. De tal modo está el Señor contigo, que está en tu corazón; llena tu mente y llena también tu carne".

La Virgen recibió también otros grandes saludos, cual ningún otro personaje bíblico: "Bendita tú entre las mujeres" (Lc 1,42). "Dichosa tú que has creído" (1,45).

2 - TURBACIÓN DE MARÍA

Se trata de una teofanía y ante la presencia del Señor, la criatura humana se echa a temblar. Nadie ha visto, nadie puede ver a Dios sin dejar de existir. Así lo afirma una antigua leyenda y así se lo dijo a Moisés el mismo Dios: "Mi rostro no puedes verlo. Nadie puede verme y quedar con vida" (Ez

33,20). De aquí nace el terror del hombre ante una posible visión de Dios. El ser humano, impuro y material, no puede contemplar con los ojos de la cara la esencia inmaterial de Dios. Sólo la luz de la gloria hace posible ver a Dios tal como es (1 Jn 3,2)

La Virgen se echa a temblar por el asombro de tan sublime aparición, y por el mensaje del ángel, y, en este sentido, la turbación es más un sobrecogimiento y hasta un descorcierto espiritual y psicológico, pues a ella, tan insignificante, no se le ocurrió nunca pensar que pudiera ser la elegida de Dios para ser la madre del Mesías, la protagonista del acontecimiento más grande de la historia humana. Pudo también turbarse ante la duda de que la visión fuera de Dios o del diablo o por si lo que veía era un fantasma.

3 - MENSAJE DEL ÁNGEL

"El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios" (2, 30)

El saludo del ángel debe ser motivo de alegría, no de temor. La presencia de Dios produce siempre una conmoción espiritual. Por eso, esta frase: "No temas", es tranquilizadora. En el A.T. encontramos casos similares: "No temas, Abrán, yo estoy contigo" (Gn 15, 1; Jos 1, 9; Is 41, 14).

María no tiene nada que temer, pues ha encontrado gracia ante Dios. Esto mismo se dice de Moisés: "Has encontrado gracia a mis ojos... yo mismo iré contigo" (Ex 33,12-14). María debe desechar toda preocupación, pues Dios está con ella protegiéndola y llenándola de virtud, de fuerza y de poder.

"Concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús" (1,31).

Los verbos anteriores están en presente: Dios está con María, la llena de gracia. Los de este versículo están en futuro, pues se trata de algo que va a ocurrir y para que ocurra se requiere el concurso de María.

Estamos ante una expresión repetida en la Biblia, al hablar del anuncio de un nacimiento. "Concebirás y darás a luz un hijo" (Jue 13, 5; Gn 16,11; Is 7914; Lc 1,13).

Si ese hijo se llamará Jesús, es Jesús, el salvador. Lo que se llama, se es, pues en hebreo el nombre revela la naturaleza y la misión de la persona. No se hace mención del padre y es María la que le pondrá el nombre, pero no el que ella quiera, sino el que Dios manda. Todo viene de lo alto, lo que ya está indicando una concepción virginal. En el A.T. hay veces en que es la madre la que pone el nombre al hijo (Gn 4,1.25; 19,37-38; 29,32-33; 30,6; Jue 3,24); otras veces lo pone el padre (Gn 4,26; 5,29; 21,3); a veces son la madre y el padre (Lc 1,60-63); ocurre también que la madre le pone un nombre y el padre otro (Gn 35,28).

"Será grande y se llamará hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob, su padre, para siempre y su reino no tendrá fin" (2,32-33).

Al hijo se le describe con fórmulas del A.T. referidas a Dios: "*Será grande*", como el Señor. "Grande es el Señor, digno de

alabanza" (Sal 96,4; 86,10). "*Será hijo del Altísimo*": "Yo salí de la boca del Altísimo" (Si 24 2; Is 48,16; Gn 14,19.24; Sal 7,18). *Será rey eterno y universal*: "Dios es el rey de la gloria" (Sal 24,7-10), "Rey grande sobre toda la tierra" (Sal 47,3;97,1). El Mesías tenía que ser el *heredero de David*, pues así estaba anunciado (2 Sam 7,12; Is 9,6; Miq 4,7) . Al describir al hijo que va a nacer con todos estos rasgos, propios del Dios soberano, se está haciendo de él un retrato divino

4 - OBJECCIÓN DE MARÍA

"*María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón?*" (2,34) .

María expone una dificultad. Ella no conoce varón, no mantiene relaciones conyugales. ¿Por qué la virgen hace esta pregunta? Se han dado diversas respuestas. He aquí algunas:

1ª) La Virgen fue consagrada al Señor por sus padres antes de nacer o siendo niña (S. Gregorio Niceno).

2ª) María estaba desposada con José, pero todavía no vivían juntos. Pone la dificultad, porque el ángel le pide que sea madre de manera inmediata, antes de que se cumpliera el año al que antes hemos hecho referencia. ¿Cómo Dios le puede pedir eso?

3ª) María y José habían hecho voto de virginidad, algo totalmente desacostumbrado en Israel, aunque se dieran casos de virginidad, como, por ejemplo, Jeremías que fue célibe y los monjes de Kumram que también lo eran. Si realmente había hecho ese voto, la virgen habla en presente que tiene fuerza de futuro: No conozco, ni conoceré varón. La

Virgen hizo intención de no conocer jamás varón.

4ª) María y José se desposaron para llevar una vida matrimonial normal, como todo el mundo, pero María en el mismo momento de la Anunciación, hizo voto de virginidad.

5ª) La Virgen pregunta sobre el "cómo" va a ser madre, no sobre el hecho de serlo. Quizá lo más lógico sea esto: María y José tenían voto de virginidad. Cuando el ángel le anuncia que va a ser madre, ella contesta que no tiene, ni tendrá nunca relaciones conyugales, dado el voto de virginidad. Y le pregunta: ¿Es que debo romper ese voto? Esto supone que María está dispuesta a no aferrarse a hacer su propia voluntad de ser virgen, sino a hacer la voluntad de Dios. Y si hay que perder la virginidad, porque así lo quiere Dios, pues "hágase". Ella presenta su plena y absoluta disponibilidad ante Dios. Y ahí está su grandeza, pues 1ª santidad no está en ser o no ser virgen, sino en hacer la voluntad de Dios.

5 - EXPLICACIÓN DEL ÁNGEL Y GARANTÍA DEL ANUNCIO

"El ángel contestó: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el niño que nacerá será santo y se llamará hijo de Dios" (1,35-36)

No hace falta que conozca varón. Todo será sobrenatural. El Espíritu Santo, el poder del Altísimo -dos frases en paralelismo sinónimo- vendrá sobre ella. Por esa razón el niño será Hijo de Dios y necesariamente santo, pues Dios es el santo y el santificador (Lev 20, 7-8; Ez 20, 12; 27, 28; Os 11, 9). Los ángeles proclaman sin cesar su santidad (Is 6, 2; Ap 4, 8). El Mesías es "el santo de Dios", un título mesiánico (Mc 1, 24; Jn

6, 69). Y es también santo porque ha sido concebido santamente: "Entre todos los hijos de los hombres, únicamente Nuestro Señor Jesucristo nació del todo santo, pues sólo Él fue concebido sin la menor mancha de concupiscencia de la carne" (San León Papa).

María, al ser cubierta con el poder del Altísimo, ha quedado constituida en el nuevo templo de Dios. La nube, que cubría primero el tabernáculo (Ex 33, 9; 40, 34) y luego el templo (1 Re 8, 10), simbolizaba la presencia de Dios. Esta presencia estaba significada con la palabra *schequina*, habitación, morada. La carne de Jesucristo en las entrañas de la Virgen es la *schequina*. Con la encarnación, Dios toma posesión de María y hace de ella su morada.

"Mira, tu tía Isabel, ha concebido también un hijo en su ancianidad, y la que se llamaba estéril está ya de seis meses" (1, 36).

María no pide un signo, como lo pidió Zacarías (1,18). Pero el ángel se lo da: "Tu tía Isabel ha concebido un hijo". Esa es la garantía de que ella también va a concebir, de que lo que le anuncia se realizará.

"María dijo: Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (1,38).

Todos los amigos de Dios eran y se declaraban sus esclavos: Abrahán (Sal 105, 42), Moisés (Ex 14,31), Josué (Jos 24, 29), David (2 Sam 7,5-8; Sal 18, 1; 89, 4), el Siervo (Is 42, 49), Simeón (Lc 2, 29) Pablo (He 16, 17). El esclavo era propiedad absoluta del señor, carecía de voluntad propia, estaba siempre pendiente del señor para hacer su voluntad. Eso es la Virgen,

eso fue toda su vida, consagrada al servicio de Dios, pronunciando el "hágase" ante todo lo que Él quiso de ella, siempre en total disponibilidad, siempre dejándose llevar por Él, siempre en sus brazos,

"Como si la Virgen dijera: Él es el Señor y yo su esclava, puede por derecho propio hacer de mi lo que le plazca... Por eso se llama a sí esclava y a Dios le llama Señor, para expresar a la vez el poder de este y su propia dependencia" (J. Maldonado).

A María Lucas la llama "virgen", el ángel "la llena de gracia" y ella se llamó a sí misma "la esclava", tres nombres que son un fiel retrato de lo que ella fue.

Una última cuestión: ¿María cayó en la cuenta de que la anunciación se refería al Hijo de Dios, segunda persona de la Trinidad Augusta?

Algunos piensan que sí y se apoyan en que todo lo que se dice de ese hijo estaba ya anunciado en el A.T.; será grande, santo, hijo del Altísimo, Rey eterno. E intentan probarlo con el gran conocimiento que María tenía de la Sagrada Escritura tantas veces escuchada en la sinagoga de Nazaret, tal y como se manifiesta en su cántico del Magnificat.

Seguramente es más acertado decir que no. Sí caería en la cuenta de que se trataba del Mesías, pero no del Hijo de Dios. Ni siquiera se dio cuenta durante toda la vida de Jesús. Tras el episodio del niño perdido y hallado en el templo, no comprendió nada de lo que el niño les decía (2, 50). La Virgen se pasó esos años guardando en su corazón todas las cosas de su hijo, meditándolas y dándolas vueltas, reflexionando sobre

ellas (2, 51). Cayó en la cuenta de todo tras la resurrección de su hijo, su ascensión gloriosa y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Al igual que los apóstoles que no comprendieron nada de lo que era y de lo que había hecho Jesús, hasta que el Espíritu Santo los guió a la verdad plena" (Jn 15, 13),

II.- El Magnificat: 2, 47-55

1) AUTOR

¿Quién es el autor del Magnificat? Según los manuscritos griegos y la tradición fue María que lo pronunció en el momento de visitar a su tía Isabel. María asistiría, sin duda, con la mayor asiduidad a la sinagoga donde escuchaba las lecciones sobre las Sagradas Escrituras y, dada la memoria proverbial de los semitas, es lógico que se le quedaran grabados muchos textos bíblicos. Según algunos manuscritos de la Vetus Latina del siglo V al VIII y algunas versiones orientales fue Isabel.

Unos dicen que el autor es Lucas y otros que es un himno anónimo prelucano que Lucas pone en labios de la Virgen, porque es un fiel retrato de la Señora, de lo que ella era y de lo que ella proclamaba con su vida. Otros afirman que los autores fueron los "anawim", judíos convertidos al cristianismo, hijos y sucesores de los famosos "pobres de Yavé" que constituyeron el núcleo del pueblo que permaneció siempre fiel al Señor a partir de las vicisitudes y los infortunios del destierro babilónico.

Tal vez la autoría del himno hay que buscarla en la comunidad lucana, primera e inmediata destinataria del evangelio, una comunidad de pobres, distinta a la de Mateo,

una comunidad de ricos. Baste sólo con comparar la primera bienaventuranza de Lucas : "Bienaventurados los pobres", sin más, y la de Mateo: "Bienaventurados los pobres de espíritu", los que, aunque sean ricos, tiene el corazón desprendidos de su riqueza. Por eso el Magnificat proclama las justas reivindicaciones de los pobres.

2) UN HIMNO BÍBLICO, RELIGIOSO Y SOCIAL

El Magnificat es un himno enteramente bíblico elaborado con la Biblia en la mano, de tal modo que apenas tiene originalidad alguna. El autor utiliza el método derásico y actualiza los textos veterotestamentarios. Pero está lleno de Dios, de amor a Dios y de amor a los hombres.

Viene a ser la culminación de la esperanza de Israel y es, al propio tiempo, como un prólogo o un anticipo del evangelio, como la visagra que une el Antiguo y el Nuevo Testamento. Es la expresión viva del Israel antiguo, del que la Virgen es hija, y lo es asimismo del Israel nuevo, del que la Virgen es madre. María representa a los pobres de Yavé que esperaban su liberación,

El Magnificat es el canto de un alma religiosa que ha meditado profundamente las maravillas que Dios ha realizado en la historia de la salvación y que culminan en la encarnación del Hijo de Dios. Un himno que nos presenta a la Virgen en actitud orante. Pero ella no pide nada. Ella alaba, agradece, da gracias y constata la realización del plan liberador de Dios. Una liberación ya realizada en el pasado y que se presenta como una garantía de que se seguirá haciendo en el futuro.

Es el canto de la Señora, orante y contemplativa, alegre y

gozosa en el Señor y al propio tiempo, comprometida con los problemas sociales que afligen a la humanidad. Y es que los contemplativos llevan en su corazón, como nadie, el sufrimiento de las injusticias sociales.

Desde el punto de vista religioso, el himno presenta a Dios como el Salvador, el misericordioso, el fiel, el leal siempre a su palabra, a su compromiso de ayudar y proteger al hombre. Lo religioso y lo sociopolítico son las dos dimensiones del himno. Por eso es un himno modélico, pues tan malo es reducirlo todo a lo espiritual y religioso, como reducirlo a lo social y político. La criatura humana tiene la obligación de cultivar su vida espiritual y de no olvidarse de la vida social y política en la que está inmerso y de la que no le es permitido prescindir. Y eso es el Magnificat: un manifiesto de liberación integral, espiritual y social, válido para todos los tiempos. Un himno revolucionario, en el sentido noble y bíblico de la palabra, "el himno de la gran revolución de la esperanza", pues postula el cambio de una situación injusta a una justa, tanto en el orden espiritual como en el social y político.

Esta doble dimensión del himno está presente en sus dos partes bien diferenciadas. En la primera (2,47-50) , que se refiere directamente a María, se habla de las maravillas que Dios ha hecho en ella, que hizo en el pasado y que seguirá haciendo en el futuro., así como su respuesta de gratitud y de alabanza. Se pone de relieve, por un lado, la grandeza de Dios, su santidad, su misericordia, su obra de salvación, y por otro, la fe y la entrega generosa de María, como humilde esclava, a los planes de Dios, y todo esto es substancialmente religioso.

En la segunda parte (2,51-55), referido a las proezas que Dios ha realizado en su pueblo y que seguirá realizando en

todos los pueblos de la tierra, se habla del acoso y derribo de los soberbios, del destronamiento de los tiranos, del despojo y empobrecimiento de los ricos, del enriquecimiento de los pobres. Y todo esto supone y significa la revolución social, llevada a cabo por Dios movido por su misericordia infinita. El sentido netamente social, económico y político de todo esto es evidente.

3) COMENTARIO

a) Primera parte: 2,47-50

"Glorifica mi alma al Señor, se regocija mi espíritu en Dios mi salvador" (2,47).

Al tratarse de Dios, no podemos dar al verbo *megalynēi* la significación etimológica de hacer grande, de hacer poderoso a Dios. Porque, ¿cómo la pequeñez de la criatura puede hacer más grande y poderoso al que ya lo es de manera infinita?. Hay que darle la significación de "glorificar" (Cf He 5,13; 10,46;19,17).

Glorificar a Dios no es sólo alabarle (Sal 34,4), es reconocerle y proclamarle como dueño y señor del mundo. ¿Y qué gloria puede dar la criatura humana a su creador? ¿Qué le podemos dar, si todo lo nuestro es suyo? Le glorificamos, le damos gloria, reconociendo que a él se lo debemos todo, que él es nuestro Dios, el único soberano de cuanto existe. Glorificar a Dios es proclamar su gloria, es decir, su divinidad. No se trata, por tanto, únicamente de proclamar las grandezas del Señor -decir que Dios es grande-, sino de confesar privada y públicamente su divinidad.

El verbo *egalliasen* tampoco se puede traducir simplemente por "se alegra", pues significa algo más, o mucho más, significa regocijarse, exultar, saltar de júbilo, estar lleno de gozo (Cf Lc 1,44; 10,21; He 16, 34). Se trata de una alegría desbordada (Sal 9,3). El Magnificat es una celebración gozosa y exultante de la encarnación del Verbo en María como salvador del mundo. María lo celebra con gran regocijo. Y al igual que ella, el creyente es un hombre lleno de gozo y de alegría, se siente salvado, liberado de todos sus pecados por el que vino a quitar los pecados del mundo (Jn 1,29.35). Lucas aplica a Jesús, ya desde su nacimiento, el título de salvador: "Os ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor" (Lc 2.11). Jesús vino, no a condenar al mundo, sino a salvarlo (Jn 3,17). La liberación y la salvación que Dios hizo de su pueblo en el pasado, y cuyo paradigma es el éxodo, culmina en Jesús, portador de la salvación universal. Dios sólo ha querido y sólo quiere una cosa: Que todos los hombres se salven (1 Tim 2,4)

"Porque se ha fijado en la pequeñez de su esclava, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones" (2,49).

Dios lo ve todo y nos mira a todos, pero a la Virgen la ha mirado y la ha vuelto a mirar, ha fijado su mirada en ella (*epéblepsen*), en su pequeñez (*tapeinosis*). La palabra *tapeinosis* significa bajeza, pequeñez, baja condición social, pobreza, inferioridad, humildad, humillación.

En los LXX significa "humillación" y se refiere fundamentalmente a la esterilidad que era para la mujer una vergonzosa humillación. Agar se libró de la humillación con el nacimiento de Ismael (Gn 16,11), Lía con el de Simeón (Gn 29,32), Ana con el de Samuel (1 Sam 1,11), Isabel con el de

Juan (Lc 1,25). No creo que esto se pueda aplicar a la Virgen y traducir *tapeinosis* por *humillación*, pues para ella no era humillación alguna el hecho de no tener hijos, ya que había hecho voluntariamente el voto de virginidad. Y por tanto, no tenía que dar gracias a Dios y regocijarse porque la había liberado de algo que ella había libremente elegido.

Tampoco se puede traducir por "humildad" en sentido moral y religioso, pues eso equivaldría a una autoalabanza que es todo lo contrario de lo que es la humildad. Que ella ha sido la mujer más humilde de la tierra, está fuera de toda duda, pero eso es otra cuestión. Hay que traducirlo por pequeñez, baja condición social, la clase de los pobres, que, por serlo, son también humillados y excluidos y a la vez los preferidos del Señor: "Tu amor será mi gozo y mi alegría, porque te has fijado en mi miseria" (Sal 31,8). A esa clase social pertenecía la Virgen.

Seguramente María pensaba también en su pobreza radical; ella no puede comprender que su pequeñez pueda ser objeto de tanta grandeza. Y ahí está justamente su grandeza, en el concepto tan bajo que tiene de sí misma en todos los órdenes, lo que manifiesta el altísimo grado de humildad en el que vive, pero que no proclama. En esa bajeza de María están representadas todas las bajezas de los pobres y abajados del mundo.

Dios fijó sus ojos en ella y la llenó de dones, pues el mirar de Dios está siempre acompañado de gracias y bondades. Y porque Dios la llenó de estos dones, todas las generaciones venideras la llamarán bienaventurada (Cf Mal 3,2). No se trata de una simple "felicitación", sino del reconocimiento y de la celebración gozosa de la felicidad de la Virgen, elegida por

Dios para ser la primera y la más bienaventurada de todas las criaturas por haber sido la más favorecida.

El "desde ahora", muy peculiar de Lucas, marca un rumbo nuevo, un cambio radical: "Desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5,10; 12,52; 22,18.69; He 18,6). "Desde ahora" - el momento culminante de la historia- comienzan las grandes e interminables letanías alabando a la Virgen, encabezadas por Isabel: "Bendita tú entre las mujeres" (Lc 1,42) y continuadas por todas las edades a partir del evangelio: "Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron" (Lc 11,27).

"Porque el poderoso ha hecho en mí obras grandes, su nombre es santo" (2,49).

La Virgen glorifica al Señor, no sólo por haberse fijado en ella, sino por lo que ha hecho en ella y por ella: el cumplimiento del proyecto eterno de salvar al mundo. Dios ha realizado obras grandes en su pueblo, entre las que Israel destacó estas tres: La liberación de la esclavitud de Egipto, la posesión de la tierra prometida y la vuelta del exilio de Babilonia. "Tu Dios ha hecho por ti cosas grandes" (Dt 10,21), "ha hecho maravillas" (Sal 98,1). Esas obras han culminado en la obra más alta: la encarnación del Verbo, cuya misión es liberar, no ya a Israel, sino a toda la humanidad, de la esclavitud del pecado.

El nombre de Dios es el nombre supremo, nombre santo (Lev 20,3; Sal 103,1; Ez 20,39; 36,21). Dios es el tres veces santo (Is 6,3), el santo por excelencia (1 Sam 6.20; Sal 93,3; Os 11,9), el único santo (Si 18,2); es santo y santificador (Lev 20,7; Ez 20,12). Su nombre es imantador de santidad. Todo lo

que toca ese nombre queda santificado. Por eso, el nombre de Dios, que ahora llevará Jesús, pronunciado por Él en el seno de María, la hizo plenamente santa, enteramente consagrada al Señor.

"Y su misericordia para todos sus fieles de generación en generación" (2.50).

Aquí hay dos palabras claves: fieles y misericordia,

1ª) *Fieles*. El término griego es *phoboumenoi*, palabra que aparece en la traducción de los LXX (Sal 115,11; 118,4; 135,20; Mal 3,16). Se trata de personas religiosas, piadosas - *sebomenoi*- (He 18,7) que respetan, adoran, reverencian, dan culto a Dios y confían en él (He 16,14; 17,4; 13,43). Temeroso de Dios equivale unas veces a piadoso-religioso (*eusebe*: He 10,2), otras a justo (*dikaioi*: He 10,35), al que practica la justicia: *ergadsomenos dikaiosinem*.

Flavio Josefo menciona a los "temerosos de Dios" (Ant XIV,110), distintos de los judíos. Y San Pablo, en Antioquía de Psidia, se dirige de manera diferenciada a los israelitas y a los temerosos de Dios (*phoboumenoi*: He 13,16). *Phoboumenos*, *sebomenos* y *dikaioi* vienen a ser en Lucas tres términos sinónimos para designar a la persona creyente y practicante, fiel a Dios, sea de la nación que sea. La misericordia de Dios es universal, para judíos y no judíos; basta con que el que la recibe quiera aceptarla, como venida de Dios en el que cree. Con estas matizaciones es como hay interpretar el término "fieles".

2ª) *Misericordia*. La misericordia de Dios llena la tierra (Sal 33,5) y es eterna (103,17). Dios, que es "bueno y

misericordioso con los que le invocan" (Sal 86,5), "otorga su misericordia a millones de generaciones" (Jer 32,8), continuamente (Sal 52,1), a todos los humanos de todos los tiempos (Sal 89,1; 33,11). La miseria del hombre encuentra siempre en Dios la misericordia. La historia bíblica está llena de infidelidades humanas y de perdones divinos, porque el amor todo lo perdona, todo lo aguanta, todo lo excusa, todo lo tolera (1 Cor 13,7), Dios tiene una naturaleza de amor, es el amor (1Jn 4,8) y el amor se ejerce en la misericordia. Sin misericordia, Dios dejaría de ser Dios y él es el eterno (Gn 1,33; Is 40,28), y el que ama con amor eterno (Jer 31,3).

Con esta referencia a la misericordia de Dios concluye esta primera parte del Magnificat y así concluirá también la segunda parte (2,54), porque eso es lo más grande en Dios que por tener un poder infinito y eterno, es también infinita y eternamente misericordioso (Sal 136,1-26).

b) Segunda parte: 2,51-55

"Despliega el poder de su brazo y desbarata los planes de los soberbios" (2,51)

En esta segunda parte todos los verbos están en pasado, pero en un pasado que tiene fuerza de presente y de futuro, Dios hace constantemente lo mismo. Por eso lo traducimos en presente, pues se trata de un pasado en aoristo gnómico que expresa el modo ordinario del proceder de Dios. Dios en el pasado ha dado grandes muestras de poder, realizando portentos de los que la Biblia está llena. "El brazo" es el símbolo de esa omnipotencia divina (Ex 6,6; Dt 4,34; 1 Re 8,42; 2 Re 17,36; Is 59,9-10; Sal 89,11).

La traducción literal no es exactamente "los planes de los soberbios"; podría ser esta: "Los altaneros de mente y de corazón", de pensamientos y de sentimientos, es decir, los que a sí mismos se juzgan superiores a todos, los que menosprecian y oprimen a los demás, pues los soberbios se hacen siempre opresores y tiranos. A todos ellos Dios los desbarata y los dispersa, como un día hizo con los constructores de la torre de Babel (Gn 11,8-9). Dios está en contra suya . "La soberbia es odiosa delante del Señor y de los hombres, para los dos la injusticia es un delito (Si 10,7). "No se creó el orgullo para el hombre" (10,18). "Dios amenaza al maldito soberbio" (Sal: 119,21).

La Biblia dice que el rey -los que mandan- "debe leer todos los días de su vida la ley de Dios... para que no se crea superior a sus hermanos" (Dt 17,19-20). Todos los soberbios recibirán de Dios el castigo merecido por proceder con orgullo (Sal 31,24). "El Señor derriba la casa de los soberbios" (Prov 15,25). "El preludio de la ruina es el orgullo, el preludio de la caída el espíritu altanero" (Prov 16,18; Is 4,3.20; 37,26-29; Ez 28,6-10; Dan 5,24-30).

"Derriba a los tiranos de sus tronos y ensalza a los humildes" (2,52).

No se trata de derribar, sin más, a los poderosos, a los que ejercen el poder (*dynatai*), a los que mandan, pues alguien tiene que mandar, sino a los que abusan del poder, a los que lo ejercen despóticamente, a los tiranos (*dynastai*). Toda dictadura, sea del signo que sea, profana, civil o religiosa, está condenada por Dios, pues esclaviza y oprime a los que caen bajo su dominio. Los que mandan están para servir y para ser mandados por aquellos en quienes mandan, para hacer la

voluntad del pueblo que es la voz de Dios. Todos los tiranos están sometidos al acoso y derribo por parte de Dios y de los hombres y todos acaban mal, tienen que acabar mal, pues al enfrentarse con el pueblo, se han enfrentado con Dios y Dios siempre sale victorioso.

Dios está al lado de los humildes y de los pobres (Is 57,15; Job 5,11; Sal 10,17) y en contra de los soberbios y de los opresores (Job 12,18; Sal 135,10). Su manera de actuar es la de engrandecer a los pequeños y la de empequeñecer a los grandes. "El Señor arranca de raíz el trono de los poderosos y pone en su lugar a los humildes" (Si 10,14). Se burla de los altivos y da su gracia a los humildes (Prov 3,34). "salva al pueblo humilde y abate los ojos altaneros" (Sal 18,28).

Jesucristo, que estaba en posesión de la naturaleza gloriosa de Dios en lo más alto del cielo, al tomar la naturaleza humana, se humilló de tal forma que hasta murió en la cruz. Por eso, Dios lo exaltó sobremanera por encima de todos los seres del cielo y de la tierra (Flp 2,6-11). Este es el paradigma de todas las humillaciones y exaltaciones de la obra salvadora y liberadora de Dios.

"A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos"(2,53)

Dios enriquece a los pobres y empobrece a los ricos, como dice el salmista: " Los ricos caen en la miseria y pasan hambre, pero a los que buscan al Señor nada les falta" (Sal 34,11). Los que siempre estaban hartos ahora se contratan por un pedazo de pan y los que pasaban hambre, los famélicos, ya no necesitan trabajar para comer (1 Sam 2,5), "El Señor hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos" (Sal

146,6). Los ricos no son, sin más, los que poseen riquezas, sino los que se han enriquecido injustamente, hacen alarde de sus riqueza y no tienen solidaridad con los pobres (*ploutontes*), "los que amontonan riqueza para sí" (Lc 12.21).

Estos caen de lleno en las malaventuranzas de Lucas: "Ay de vosotros, los ricos, los que ahora estáis hartos, porque pasaréis hambre" (Lc 6,24-25). San Pablo lo vio muy claro: "Los que quieren enriquecerse caen en la ruina y en la perdición, porque el amor al dinero es la raíz de todos los males" (I Tim 6,9-10).

Los hambrientos (*peinontes*), por el mero hecho de pasar hambre, son objeto de los bienes divinos. Creo que el mejor comentario a este versículo es la parábola del rico epulón y Lázaro el mendigo. El rico inmisericorde no puede salvarse, mientras que el pobre, sólo por serlo, entra en el reino flanqueado por los mismos ángeles (Lc 16,19-31). No se dice que el pobre llevara con resignación su pobreza. Es pobre y basta. Del rico se dice que "todos los días estaba de banquetazos". Y seguramente cumplía, incluso hasta minuciosamente, muchos preceptos de la ley, pues parece que la parábola iba dirigida a los fariseos, "amigos del dinero" (Lc 16,14).

No se trata de la revancha, de poner a los pobres en el sitio de los ricos y a los ricos en el de los pobres, sino de que haya igualdad. Que los valles suban y las colinas bajen. Y si a los ricos se les despoja de los bienes que les sobran, es para hacerles un bien, al liberarles de las cadenas del Dios Mammona que les impide entrar en el reino.

El pobre del Magnificat es el pobre, sin más, el socialmente

pobre, y el rico es el opresor y el explotador, pues la hartura de los ricos es el resultado del hambre de los pobres. El himno de la Virgen postula la comunicación de bienes, el reparto equitativo de todos los productos de la tierra. Y para que eso sea así, los ricos tienen que bajar y los pobres subir.

Dios colma de bienes a los hambrientos, pero somos nosotros los que tenemos que quitar su hambre con lo que a nosotros nos sobra y que, por sobrarnos, no es nuestro, sino suyo. Y al quitársela a ellos, se la estamos quitando a él que quiso identificarse con ellos : "Tuve hambre y me disteis de comer" (Mt 25,34), Jamás se identificó con los ricos y con los hartos, con los que cada día andan en banquetes y no son capaces de dar un pedazo de pan a los que se mueren de hambre también cada día.

Vemos que en el himno se contraponen dos categorías de personas: Los soberbios y los humildes, los ricos y los pobres, los poderosos y los débiles. Las dos clases sociales que representan a los que no quieren saber nada de Dios y a los que han puesto su confianza en Él.

"Auxilia a Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres en favor de Abrahán y su descendencia para siempre" (2,54-55).

El vocablo *paidos* puede significar "hijo " y "siervo" (Cf Lc 7,2; Mt 8,6; Jn 4,46). Y eso es Israel, el hijo predilecto de Dios y el siervo elegido y auxiliado por Él. La Biblia está llena de referencias a la misericordia de Dios con su pueblo. He aquí algunas: "¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque

ella le olvidare, yo no me olvidaría de ti?" (Is 49,15). "Efraím es para mí un hijo muy querido, un niño que hace mis delicias" (Jer 31,20) . "Tú, Israel, eres mi siervo, Jacob a quien yo elegí, raza de Abrahán, mi amigo, a quien dije: Tú eres mi siervo, yo te he elegido... yo soy tu auxilio y te sostengo" (Is 41, 8-10). "Aquí está mi siervo a quien protejo, mi elegido en quien mi alma se complace" (Is 42,1)

Dios fue siempre misericordioso con este siervo suyo tal y como se lo prometió a Abraham y a su descendencia: "Tu serás una bendición. Por ti serán bendecidas todas las comunidades de la tierra" (Gn 12,3). Dios fue siempre para Israel el padre del amor y de las misericordias. Y el acto supremo y culminante de esos amores misericordiosos se acaba de realizar con la encarnación del Verbo, el auxilio esperado desde siglos. Dios se acuerda de sus promesas y las cumple.

4º.- EL HIMNO DE LA LIBERACIÓN

La Virgen , que pertenece a la clase de los desfavorecidos, enarbola la bandera de los pobres, es la voz de los pobres, y se pone al frente de todos ellos en marcha triunfal hacia la libertad y la independencia, cantando el Magníficat que puede llamarse con razón el himno de los pobres y de los oprimidos.

Augura el cumplimiento de todas las aspiraciones que tienen las clases humildes de salir de la pobreza y de la postración, el cumplimiento de sus justas reivindicaciones.

María en el Magnificat, el canto de liberación entonado a través de la historia por las clases humildes, mantenidas de rodillas por las clases opresoras, se hace eco de las clases

humilladas que la precedieron, las de su propia generación y las de todas las generaciones que siguen aplastadas y machacadas por los tiranos de los pueblos y por el ansia insaciable de los ricos "que nunca se hartan de dinero" (Qo 5,9).

El Magníficat es como la conciencia crítica de una sociedad injusta y al mismo tiempo una alabanza a Dios que apuesta por los pobres y marginados, sus más leales amigos y sus más fieles seguidores. La liberación de las clases marginadas, el triunfo de los pobres, de todos los desfavorecidos de la tierra es un constitutivo esencial de la era mesiánica: "Decid a Juan lo que habéis visto: los pobres son evangelizados" (Lc 7,22).

El Magníficat es uno de los textos bíblicos más importantes en la construcción de la teología de la liberación, pues la liberación que proclama no es algo abstracto que se queda en la esfera del espíritu. Abarca todas las realidades humanas. Denuncia las situaciones injustas y anuncia un futuro que será de los pobres. Jesucristo, que quiso pertenecer a la clase de los pobres, ha venido a evangelizarlos y a liberarlos de su pobreza. Y ese futuro es imparable.

El Magníficat es un canto profético denunciador de injusticias y anunciador de bienandanzas y de libertades, el venturoso cambio sociopolítico que postula el evangelio de Jesús, la revolución social, la utopía de un mundo sin clases, la implantación de la justicia. Y eso es Dios: "El Señor nuestra justicia" (Jer 23,6).

La liberación de la pobreza tiene que estar liderada por los mismos pobres que cuentan siempre con el poder de Dios, pues Dios siempre elige a los pobres y a los insignificantes, a

los que carecen de relieve social. Lo hizo antes, lo hace ahora y lo seguirá haciendo en el futuro:

"Considerad, hermanos, vuestro grupo de llamados: no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio para humillar a los soberbios; lo débil para humillar a los fuertes; lo vil, lo despreciable, lo que es nada, para anular a los que son algo, para que nadie presuma delante de Dios" (I Cor 1,26-29).

En el Magníficat resuenan con fuerza las bienaventuranzas y las malaventuranzas de Lucas, cuya traducción, en equivalencia dinámica, es esta:

Benditos los pobres ... Malditos los ricos

Benditos los hambrientos... Malditos los hartos

Benditos los oprimidos... Malditos los opresores

Benditos los marginados... Malditos los aclamados, los famosos, los instalados (Lc 6,20-26).

2º) Hechos de los Apóstoles

He 1,14: *"Todos ellos hacían constantemente oración en común con las mujeres, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos".*

María era miembro de la familia cristiana de Jerusalén, era, incluso, la madre de la familia. Durante la vida pública de Jesús, María no aparece o apenas aparece. ¿Quiere esto decir

que María no fue discípula de Jesús?. No. Fue la primera discípula de su hijo. Desde el primer momento de su concepción, estuvo siempre con el alma a sus pies, recibiendo sus lecciones divinas, algunas difíciles de entender, como aquella que le dio a los doce años en el templo de Jerusalén que no acababa de comprender (Lc 2,49-50). Y aunque en la vida pública de Jesús, María no aparece, vuelve a estar presente al final. Aquí está con otras mujeres que serían las mencionadas en Lc 23,49.55; 24,10), las que estuvieron acompañándole siempre (Lc 8,2-3) y que eran tan discípulas como los demás discípulos.

No se puede dudar de que María estaba también con los discípulos y discípulas el día de Pentecostés (He 2,1) y de que, como los demás, quedó, una vez más, llena del Espíritu Santo (2,4).

De la Virgen ya no se sabe más. Qué pasó con ella?. Qué haría ella? Lo que ciertamente haría fue meditar todas las cosas que tenía guardadas en su corazón acerca de su Hijo, el Hijo de Dios.

5.- Los escritos de San Juan

I.- El IV evangelio

En el IV evangelio nos encontramos con tres textos marianos: 1,3; 2,3-5; 15,26.

I. EL NACIMIENTO DEL VERBO: JN 1,13

"El (el Verbo) nació no por sangre, ni por carne, ni por deseo de hombre, sino por Dios".

Aunque la crítica textual (los más antiguos e importantes manuscritos) está a favor del plural "nacieron" *-egenezesan-*, y en este caso se referiría a los hombres hijos de Dios por adopción y por pura voluntad divina, por razones de crítica interna, hay que elegir el singular: *"egenneze: nació"* y referirlo al Verbo, a su encarnación humana. Porque, ¿qué significado tendría decir que Dios da el ser hijos de Dios a los que le reciben (1,12), si ya han nacido de Dios (1,13). ¿Qué sentido puede tener dar lo que ya se tiene? Se trataría de una tautología inadmisibles.

Juan explica que la generación del Verbo, en oposición a la generación humana, no está originada por el querer deliberado que sigue al instinto carnal y al deseo del hombre, sino por Dios. Esto significa que el Verbo se encarnó milagrosamente en el seno de María.

La última estrofa de este himno cristológico (1,14) hace inclusión con la primera estrofa (1,1) y es como su réplica:

El Verbo "existía" (1,1)... El Verbo se hizo (1,14). El preexistente en la eternidad se presencializa en el tiempo.

El Verbo "estaba" con Dios (1, 1)... El Verbo "habitó" con nosotros (1,14). El que convivía en diálogo constante con el Padre Dios, quiso convivir también en diálogo de amor con los hombres.

El Verbo "era" Dios (I,I)... El Verbo "se hizo" hombre (1,14). Sin dejar de ser Dios, se revistió de la naturaleza humana. Y nosotros hemos visto su gloria, su ser divino. En el Verbo encarnado, el Hijo de Dios y el hijo de María, quedan asociados dos términos que parecían irreductibles (o excluyentes), la divinidad y la humanidad.

II. LAS BODAS DE CANÁ: JN 2,3-5

La madre de Jesús fue invitada en calidad de pariente de los novios. Lo fueron también Jesús y sus discípulos. Los festejos nupciales duraban al menos una semana (Gn 29,27 , por lo que no era infrecuente que al final se agotara el vino. María, atenta a las carencias y a las necesidades de los hombres y a que no decaiga la alegría en la fiesta de la vida, se dio cuenta de que el vino se acababa y dijo a Jesús: "No tienen vino".

La Virgen no le pide un milagro. Se lo comunica pensando que él encontraría alguna solución. Natanael, por ejemplo, era de Caná. Unas bodas sin vino, donde todo debe ser alegría, serían un sonrojo y una humillación para los nuevos esposos.

Jesús le contesta: " Mujer, a ti y a mí qué?". La respuesta ha sido interpretada de múltiples formas. Ya los montanistas y los docetas traducían la frase así?: "Mujer, qué hay entre tú y yo?" y afirmaban que Jesucristo no tenía nada que ver con María, pues no tenía verdadera carne, no era verdadero hombre; su naturaleza humana era sólo aparente. Otros afirman que al llamar a María "mujer", en lugar de llamarla "madre" (Imma), Jesucristo se distancia de ella, crea una barrera entre ambos, y lo interpretan así: "Por qué tienes que meterte en mi vida?".

Puede parecer claro que Jesucristo se distancia de su madre, se sitúa en un plano distinto, en su calidad de hijo de Dios, tal y como aparece en otros pasajes : "No sabíais que tenía que ocuparme en las cosas de mi Padre?" (Lc 21,49). "Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen" (Lc 8,21). "Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 11,27). La frase "a mí y a ti qué," se emplea en la Biblia siempre en sentido negativo (Jue 11,12; 17,18; 2 Cron 35,21; Mt 8,29; Mc 1,24) y quiere decir esto: "Déjame en paz" (Lc 4,34; 8,28).

Frente a todo esto, hay que decir que el llamarla "mujer" no indica un trato frío y despreciativo, antes al contrario, pues en los evangelios aparece varias veces en contextos muy elogiosos para la mujer (Mt 15,28; Lc 13,12; Jn 4,21; 19,26; 20,13). La frase "a ti y a mí, qué" corresponde al original griego "*ti emoi kai soi*" que, a su vez, sería la traducción del hebreo "*ma li walak*", que, según algunos, es propio de un lenguaje diplomático, cuyo sentido depende del tono de la voz, aunque, por ser "*diplomático*" se queda en la ambigüedad.

Los exegetas han tratado de suavizar la frase con diversas traducciones:

¿Qué nos importa a ti y a mí que falte el vino?

¿Qué podemos hacer tú y yo?

¿Qué esperas tú que haga?

¿Por qué nos vamos a mezclar nosotros en este asunto?

La frase se sigue usando entre los orientales y puede tener diversas significaciones, según el acento de la voz. Lo mismo

puede ser una pura negación -"a ti que te importa, a nosotros qué nos va ni nos viene" o una aprobación: Qué podemos hacer nosotros? Debemos hacer algo.

La frase hay que interpretarla en el contexto. Y aquí el contexto obliga a dar una interpretación positiva. Jesucristo no rechazó a su madre. De hecho hizo el milagro, Jesucristo puso en sus palabras un acento de ternura filial que infundió en la Virgen la absoluta confianza de que su hijo iba a dar una solución. Ella no lo duda, pues dice a los camareros que hagan todo lo que él les mande: "Haced lo que él os mande". No dice "haced lo que mi hijo diga", que sería lo natural, pues es consciente de que su hijo no le pertenece a ella, sino a Dios y se tiene que ocupar de las cosas de Dios (Lc 2.49).

La hora de Jesucristo

Creo que la segunda frase que Jesucristo pronuncia sí tiene cierto sentido de repulsa o de advertencia a su madre: "Todavía no ha llegado mi hora". ¿Cuál es la hora de Jesucristo?

La hora tiene tanta trascendencia en el IV evangelio que toda la vida misionera y ministerial de Jesucristo está regida por ella. Se trata de una hora establecida por el Padre. El Hijo ha venido para aceptar esa hora (12,28). En la primera parte del evangelio se dice que la hora no ha llegado (2,4; 7,30; 6,7-8; 8,20). En la segunda ya ha llegado (12,23-27;13,1; 17,1). Cuando su hora no ha llegado, sus enemigos no pueden nada contra él (8,20; 7,30). La de Caná no era su hora; a pesar de todo, Cristo la adelanta por un momento y hace el milagro, y con el milagro manifestó su gloria (v. 11).

La hora de Jesucristo es, por tanto, la hora de la manifestación de su gloria, de su glorificación. Y esta es la hora de su muerte. Así lo manifestó él mismo poco antes de morir: "Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado" (12,23).

La hora de una persona es la hora culminante de su vida. Así, la hora de la mujer es su hora suprema, la hora del parto, la hora cumbre de sus sufrimientos y de su alegría (16,21). Con este ejemplo, Jesucristo quiere significar que su hora es la hora del supremo dolor, de su muerte en cruz, la hora en que realiza su obra, como la hora de los incrédulos judíos es la hora en que realizan su crimen (16,3-4). Ante esta hora Jesucristo se acongoja, como en Getsemaní, pero no quiere pedir al Padre que le libere de esta hora (12 27), pues tiene que morir, como el grano sepultado en la tierra (12,24).

Esta hora se identifica también con la hora de su glorificación, pues su muerte y su glorificación están fundidas y unificadas en la hora (12,23; 11,8-10; 13,31-32; 17,1.5.24). La glorificación de Jesucristo no es un estadio que sigue a su pasión. La pasión tampoco es un trance doloroso que tiene que experimentar Jesucristo, como paso hacia la gloria. En el IV evangelio pasión y gloria se verifican en una misma hora. En una misma perspectiva están contempladas la pasión, la muerte, la resurrección y la entronización de Jesucristo, el misterio indisoluble de sufrimiento y de gozo, de cruz y de luz.

Esta ambivalencia de la hora está muy clara en la doble significación de suplicio y de gloria, del verbo "exaltar" que significa elevar en la cruz y glorificar (Jn 3,14; 8,28;12 32). Glorificación y exaltación en la cruz son una misma cosa (7,39; 12,16), la hora de la más deslumbrante manifestación de la

divinidad de Jesucristo y el reconocimiento, por parte de los hombres, de esa divinidad: "Manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él" (2,11). "Y yo cuando sea levantado en alto de la tierra, a todos los atraeré hacia mí. Decía esto para significar de qué muerte iba a morir" (12,32). Brillará entonces su divinidad de tal manera que todos le reconocerán como Dios. De hecho, todavía en la cruz, el centurión "al verle expirar así", glorificaba a Dios y reconocía que "este hombre era hijo de Dios" y lo mismo hacía toda la gente (Lc 23,47-48; Mc 15,39; Mt 27,54).

La hora de la Virgen

Hasta que no llegue la hora de Jesucristo, la Virgen no debe aparecer en escena. Hasta ahora Jesucristo ha estado a su lado, bajo su autoridad, pero ahora comienza una nueva etapa en su vida, en la que ella debe guardar un sagrado silencio, le tiene que dejar el campo abierto, libre de toda intervención materna. De hecho en el evangelio de Juan no se vuelve a hablar para nada de ella y en los evangelios sinópticos, las dos veces que hablan de ella, es también en el mismo sentido que estamos explicando (Lc 8,19-21; 11,27-28). Cuando llegue la hora de Jesucristo, llegará también la hora de María.

Simbolismos del relato

El IV evangelio es el evangelio de los simbolismos, pues en él hay una gran abundancia de ellos. He aquí algunos de las bodas de Caná.

Las tinajas son seis (siete menos uno) el número de la imperfección (el 7 lo es de la perfección). Eran de piedra, y no

de barro, para que no contrajeran impureza alguna. Contenían el agua para las prescripciones purificadoras de los judíos. El agua se convierte en vino, es decir, la Antigua Alianza da paso a la Nueva. Pero esta Alianza Nueva no comienza ex novo, sino que parte de la Alianza Antigua la cual estaba toda ella orientada hacia la Nueva.

Las verdades reveladas del A.T. culminan en el vino generoso del amor evangélico y de la santa cena. El vino que se termina es el símbolo del A.T. cuya virtualidad se agota.

María representa el Israel fiel que toma conciencia del final del A.T. y pide a Jesucristo su renovación. Al mismo tiempo dice a los criados -que representan también a Israel- que hagan lo que él diga, es decir, Israel debe estar pronto a acoger el proyecto mesiánico, porque lo viejo ha pasado y comienza lo nuevo. María cierra la última página del A.T y abre la primera del Nuevo.

El milagro produjo nada menos que 600 litros de vino, lo que da cumplimiento a las profecías que anunciaban para los tiempos mesiánicos una abundancia de vino como símbolo de la alegría y el júbilo que conllevaría la era mesiánica (Am 9,14; Os 2,11; Jer 31,12; Si 40,20).

La piedad cristiana, e incluso algunos mariólogos, ven en la escena de Caná la mediación universal de la Virgen y la omnipotencia de su oración. Pero del texto no se puede deducir que María sea, en efecto, la mediadora universal de todas las gracias. Eso sólo le pertenece a Jesucristo, el único y absoluto mediador entre Dios y los hombres. En cambio, sí puede y debe deducirse el poder intercesor de María que es, como se ha dicho, "la matriz en la que nace y crece, se forma y

desarrolla, todo miembro del nuevo Israel. Más que Juan, el precursor que designó al Mesías, María es el Israel creyente en quien los hombres se hacen y son hijos de Dios" (Leon-Dufour).

En realidad, cuando la oración se hace con una fe y una confianza absoluta es ciertamente eficaz. Y si Jesucristo concedió a la cananea el milagro que le pedía, al ver su fe inmensa, ¿cómo no va a conceder a su madre cuanto ella le pida, al ser ella la que más fe y más confianza tiene en su hijo?

III. LA CRUZ: JN 19,26-27

"Jesús, al ver a su madre y junto a ella el discípulo amado, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre".

Jesucristo, en el inicio de su vida pública, dijo a su madre que no apareciera en escena hasta que no llegara "su hora". Esa hora ha llegado y aquí está ella para recoger los últimos deseos y los últimos suspiros de su hijo.

Sólo el IV evangelio trae este pasaje. Los sinópticos ni siquiera dicen que la Virgen estaba en el calvario, ni que estuvieran los discípulos, pues se habían dado a la fuga. Dicen que había algunas mujeres mirando "desde lejos" (Mt 27,55). Jesucristo, con ternura filial, al ver que su madre se queda sola en el mundo, se la encomienda al discípulo amado. La mujer sola, era digna de la mayor solicitud y de la máxima compasión. Debía estar siempre bajo la protección y la tutela de alguien: de su marido, de su hijo primogénito, y en el caso de estar viuda y sin hijos, de un pariente varón. Y esto fue lo que hizo Jesucristo, confiársela al discípulo amado, el cual,

desde ese momento, cuida amorosamente de ella. Según la tradición, Juan estuvo cuidando de ella en Palestina hasta el año 58 en que la Virgen murió, aunque algunos dicen que se trasladó a Éfeso con la Santísima Virgen. Esto supone que el discípulo amado era Juan, cosa que no está nada claro. En todo caso, Jesucristo le constituye y le declara hermano suyo. Esto prueba, además, la perpetua virginidad de María, pues no tiene ningún hijo que la tutele.

La última palabra del crucificado se la dirige a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". La vuelve a llamar "mujer", palabra que la ensalza y la ennoblece. En el discípulo amado están representados todos los que creen en Jesucristo que, desde ahora, tienen por madre a María. Jesucristo corona con estas palabras su obra redentora y extiende a su madre el nombramiento de "madre de la Iglesia". Estas sus últimas palabras, que vienen a ser su testamento, constituyen la "carta fundacional" de la comunidad cristiana representada en María y en el discípulo amado. Una comunidad construida en la unidad -simbolizada en la túnica inconsútil de Jesucristo-, pues todos sus miembros están obligados a cumplir la ley básica de la Iglesia, el mandamiento nuevo, el amor llevado hasta el extremo, hasta la misma muerte.

Si Jesucristo negó a su madre, en cuanto a su madre física, todo protagonismo y toda injerencia en su vida pública, ahora le confiere el título y el cargo más importante y más sublime que cabría esperar al constituirla madre espiritual de todos los cristianos.

María es la madre del Salvador, está asociada a él desde el pesebre de Belén hasta la cruz del calvario, como servidora incondicional de la obra redentora de su hijo. María es la

madre de la Iglesia, "en el orden de la gracia", y a la vez es su primer miembro, eminente y perfecto, prototipo de lo que debe ser la Iglesia: servidora de Jesús en los hombres. Es tal la interacción entre María y la Iglesia, que no puede explicarse la una sin la otra. María sólo encuentra su significado en Jesucristo y en la Iglesia. Por sí misma y en sí misma no tiene significación alguna en la historia de la salvación. San Bernardo lo expresó en frase feliz: "María está colocada entre Cristo y la Iglesia: Inter Christum et Ecclesiam constituta"

"Ahí tienes a tu hijo". Hijo de María es hoy, de manera especial, el que muere de hambre, el desplazado, el marginado, el que no encuentra trabajo, el nuevo pobre, el encerrado en los ghettos de las cárceles. "Ahí tienes a tu madre", la madre de todos, pero, en primer lugar, de los más necesitados, de los que más sufren, los hijos preferidos de todas las madres del mundo.

De Pablo VI son estas palabras: "Para gloria de la Virgen y para consuelo nuestro proclamamos a María Santísima madre de la Iglesia... y queremos que con este nobilísimo título sea todavía más honrada e invocada la Virgen en adelante por el pueblo cristiano"

2.- El Apocalipsis

En el capítulo 12 del Apocalipsis nos encontramos con una extraña visión, en la que aparecen cuatro personajes: una mujer, un dragón, un hijo varón dado a luz por la mujer y otros hijos de la mujer.

1.- CARACTERÍSTICAS DE LOS PERSONAJES

La mujer: Aparece vestida del sol; la luna bajo sus pies y en la cabeza una diadema de doce estrellas; está encinta con dolores de parto; parió un hijo varón; es perseguida por el dragón, pero a ella le dieron dos alas para que volara al desierto, donde será alimentada durante 1.260 días; la serpiente (el dragón) arroja de su boca un río para arrastrar a la mujer, pero la tierra ayudó a la mujer y se tragó el río. La mujer tiene otros hijos.

El dragón: Tiene dimensiones monstruosas; es de color de fuego, está lleno de crueldad; quiere tragarse al hijo que da a luz la mujer; el hijo se le escapó de sus posibilidades, pues fue arrebatado al cielo; la mujer se escapa al desierto; como se le escapó el hijo y la mujer, se dedica a atacar a los otros hijos de la mujer.

El hijo y los hijos: La mujer parió un hijo varón, que "ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro"; es arrebatado a Dios y a su trono, para que no pueda ser atacado por el dragón; el dragón se dirige a los otros hijos de la mujer, pero estos hijos también se le escapan; estos hijos guardan los preceptos de Dios y dan testimonio de Jesucristo.

2.- INTERPRETACIONES

l^o) Es frecuente la interpretación mariana del pasaje. Por una parte, el pasaje enlaza con Gn 3. El dragón es la antigua serpiente, el diablo, que persigue a la mujer y a la descendencia de la mujer. Por otra, se enlaza el "signo" de la mujer del Apocalipsis con el "signo" de Isaías. Partiendo de estos dos presupuestos y viendo en Gn 3,14-15 y en Is 7,14 a

la Virgen, se llega a la conclusión de que esta mujer del Apocalipsis es también la Virgen, y, como consecuencia, el hijo es el Mesías, Jesucristo.

Si en el cap. 12 de Ap hay alguna referencia a María, lo sería de una manera secundaria. Sólo a partir del s. IV se empieza a ver a María en esa mujer. En la actualidad se está insistiendo en esa referencia, algo que no se puede probar de manera segura.

2º) Unos han visto en la mujer no una persona concreta, sino una colectividad, la Iglesia que engendra en su seno a los cristianos, unidos al Mesías. El hijo, en todo caso, es el Mesías.

3º) Otros ven en la mujer una persona colectiva y una persona concreta: La Iglesia y la Virgen. Se apoyan principalmente en dos textos de Isaías:

Is. 26,17: "Como la mujer encinta, cuando llega el parto se retuerce y grita en sus dolores, así estábamos nosotros lejos de ti, oh Yavé".

Is. 66,7-9: "Antes de ponerse en parto ha parido, antes de sentir los dolores dio a luz un hijo. ¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio nunca tal? ¿Nace un pueblo en un día? ¿Una nación nace toda de una vez? Pues Sión ha parido a sus hijos antes de sentir los dolores. ¿Voy a abrir yo el seno materno para que nazcan hijos?, dice Yavé. ¿O voy a cerrarlo yo, que soy quien hace nacer?, dice tu Dios".

Estos dos textos han sido aprovechados respectivamente por San Juan en el Evangelio (16,21-22) y en el Apocalipsis

(12,6-7).

Jesucristo, ya ante su hora, la hora de su glorificación en la cruz, compara su hora a una mujer encinta, angustiada por los dolores, que se le echan encima. Estamos ante un nuevo nacimiento de Cristo, con una evocación del alumbramiento metafórico de Sión, anunciado por Isaías (26,26-27; 66,7-9), que se realiza en la Virgen junto a la cruz.

El alumbramiento glorioso de Cristo, el parto sin dolor (Is. 26,7) tiene lugar el domingo de Pascua, cuando Cristo se puede considerar realmente como un recién nacido, que es arrebatado rápidamente a los cielos, glorificado plenamente junto al Padre. No podemos olvidar que He 15,33; Rom 1,4 y Heb 1,5; 5,5 aplican a la resurrección de Cristo las palabras del salmo 2,7: "Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado yo".

El mismo Cristo parece que se refería a esto, cuando se ve ante la hora, que se le echa encima, y dice: "En verdad, en verdad os digo: Si el grano de trigo, caído en tierra, no muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto" (Jn 12,24). El alumbramiento doloroso de la Virgen lo encontramos en el Calvario (Jn 19,25-27). Junto a la cruz está la Madre de Cristo, a la que llama "mujer", justamente en Jn 2,4 y en Ap 12, 1. Cristo da a María por hijo a Juan. Es la maternidad espiritual de la Iglesia. La Virgen, por tanto, tiene más hijos, exactamente como en Ap 12,17. Esta maternidad de María está esencialmente unida a los dolores del calvario, que se corresponden con los tremendos dolores del parto del Ap 12,2, en estricta correlación con Isaías (Is 66,7-9).

La conclusión, por tanto, es la siguiente:

María es figura de la Iglesia, Madre de Cristo y Madre de los cristianos. La mujer del Apocalipsis es, a la vez, la Iglesia y María.

El hijo varón es Cristo, el Mesías, como lo demuestra la referencia al salmo 2,7: "Que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro" (Ap 12,5). Se dice, además, que la mujer tiene otros hijos (12,17). Se habla de una colectividad en contraposición al hijo varón (7,17), que tiene que ser una persona concreta.

El hijo es arrebatado al trono de Dios: Jesús en el trono de Dios (7,17). Otro indicio de este mesianismo está en la correspondencia que hay entre Jn 12,31 y Ap 12,9. En ambos sitios se habla de la derrota de Satanás, que es echado del cielo y arrojado a la tierra (12,9), del príncipe de este mundo, que es echado fuera en la hora de la pasión de Cristo (12,31).

Parece ser que todos están de acuerdo en ver al Mesías en el hijo varón. Pero la realidad es que hay que preguntarse si este hijo varón es ciertamente el Mesías. Creo que no. Y esto por varias razones:

3.- JUICIO CRÍTICO

Este hijo es fruto de un parto doloroso, pleno de angustias y de sobresaltos por parte de la mujer. Pero esto no se compagina en ningún modo con el nacimiento glorioso de Jesús, en el que su Augusta Madre no pierde nunca la virginidad.

Nada más nacer es arrebatado al cielo, cosa que no cuadra de ninguna manera con la vida de Cristo. Se silencia en

absoluto toda la vida del Mesías, su vida apostólica, la tragedia de la pasión, etc, hechos estos que son fundamentales y de suma trascendencia en el Mesías.

Es arrebatado, además, no como premio a su triunfo, a sus obras, o a su muerte gloriosa, sino por pura misericordia de Dios, para ponerle en guardia, para librarle del dragón. Eso es lo que parece deducirse.

El hijo vence al dragón -se escapa de sus manos-, no por sus propios méritos, no como fruto de una lucha, cuerpo a cuerpo con él, como parece deducirse de los textos del Evangelio de San Juan antes citados (Jn 12,31), sino por pura misericordia de Dios, que le lleva a su lado. Se trata más bien de una liberación que viene de lo alto, de una fuerza sobrenatural salvadora, que sitúa al hijo junto al trono de Dios, donde el dragón nada puede hacer.

Si el Hijo está sentado en el trono de Dios, eso no quiere decir que necesariamente tenga que tratarse de Jesucristo, pues, aunque es verdad que Jesús, el Cordero, está sentado en el trono de Dios, también es verdad que el mismo Jesucristo dice que "al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono» (Ap 3,21).

Si es verdad que el Sal 2,7 se puede aplicar a Cristo, y que Cristo regirá a las naciones con vara de hierro (Ap 19,15), también es verdad que el mismo Hijo de Dios dice que "al que venciere le daré poder sobre las naciones y las regirá con vara de hierro y serán quebrantadas como vasos de barro" (Ap 2,27).

El que se sienta en el trono, o junto al trono de Dios, y el

que rige a las naciones con vara de hierro, aunque por una parte es Jesucristo, lo pueden ser también otras personas distintas de Él, aunque estén naturalmente unidas a Él, pues la victoria de estas otras personas está unida a la victoria de Cristo (Ap 3,21).

Además Jn, 12,31 y Ap 12,9 nos sitúan en dos perspectivas diversas, pues en un sitio son Cristo y el demonio frente a frente, teniendo por escenario la tierra -Cristo muere aquí y el demonio es el príncipe de este mundo-, y el otro tiene por escenario el cielo y se trata de Miguel y sus ángeles frente al dragón y los suyos (Ap 12,7).

Si después de todo esto se llega a la conclusión de que el hijo no es el Mesías, tenemos por necesidad que concluir que la madre no puede ser la Virgen.

Lo que no se puede entender es que la mujer sea la Iglesia y el hijo varón sea el Cristo personal. La Iglesia nace de la fe en Cristo y por tanto es imposible que sea madre de Cristo

4. *INTERPRETACIÓN DEL TEXTO*

Creo que la clave para interpretar este texto está en los capítulos 9-11 de la Carta a los Romanos, en la que San Pablo afirma la supervivencia del pueblo judío y su restauración corporativa como pueblo.

Israel ha tropezado y ha caído (Rom 9,32). ¿Pero es que Israel va a permanecer eternamente caído? ¿Es que va a andar errante, desviado, por caminos inciertos eternamente? ¿Es que Dios rechazará a su Pueblo? "No, cierto... No ha rechazado Dios a su pueblo, al que de antemano conoció"

(Rom 11,1-2). Dios no puede rechazar plenamente a Israel. El pueblo hebreo, al que le pertenece por derecho propio la promesa, no puede permanecer eternamente fuera de la promesa. El pueblo tiene que volver como pueblo. Entonces será la plenitud, el estado perfecto del Israel de Dios (Rom 11,25-26).

La historia de Israel es un misterio, centrado en el mismo corazón de la salvación universal. Este misterio se desarrolla en dos etapas bien definidas.

1ª) La caída de Israel (Rom 11,12).

Israel tropezó en el escándalo de la cruz y cayó. La caída, ha originado de rechazo un gran bien en la historia de la salud. Porque la desobediencia de los hebreos abrió paso a la incredulidad de los gentiles. Los creyentes se hicieron incrédulos y los que estaban fuera de la fe entraron en el camino de la fe. De esta extraña manera los gentiles obtuvieron misericordia de Dios y entraron en posesión de la promesa de Israel. Así Dios perdía a Israel, pero su pérdida era una ganancia, pues trajo de rechazo la reconciliación del mundo (Rom 11,15).

Los gentiles no pueden vanagloriarse ni engreírse (Rom 11,20), pues todo se debe al puro amor de Dios. Los gentiles, además, son ramas cortadas de un olivo silvestre e injertados en el tronco del olivo legítimo, que es Israel. Están así tomando savia ajena, sostenidos por raíces que no son las propias (Rom 11,24).

Volver a injertar las ramas naturales es, sin duda, más fácil. Además, si los gentiles se desgajan, no son nada, mientras que

los judíos, aunque estén desgajados, siguen siendo ramas del olivo de Dios.

Esta primera etapa, tuvo una señal: la destrucción del Templo, la desolación de Jerusalén. Con esta señal, llegó la hora de los gentiles. En la que ahora estamos (Lc 21,24, Ap 11,1-2).

En esta situación, se hace necesaria una pregunta: ¿Cuánto durará este estado de cosas? La respuesta de San Pablo, y la de los Sinópticos es exactamente la misma: Todo esto durará hasta que se haya cumplido el tiempo de los gentiles, la plenitud de las naciones (Rom 11,25-, Lc 21,24), o lo que es lo mismo: mil trescientos sesenta días, un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, como precisa ya el profeta Daniel (Dan 12,7; Ap 11,2).

2ª) La reintegración de Israel (Rom 11,15).

Esta reintegración del pueblo de Dios, este injerto de las ramas naturales en el propio olivo, será como una resurrección de entre los muertos (Rom. 11,15), un volver a nacer, un nacimiento nuevo.

Si la pérdida de Israel trajo la reconciliación de los gentiles, su reintegración, ¿qué no traerá? Traerá la vida eterna. Sin esta vida, no hay triunfo completo en el reinado de Cristo. Pero antes de ese glorioso reinado final de Cristo, tiene que venir la reintegración de Israel. Se acabará la plenitud de las naciones y todo Israel será salvo (Rom 11,26). El pueblo de Dios no tendrá la perfecta plenitud hasta que no se haya reintegrado Israel y la Iglesia de Cristo conseguirá su madurez final con la restauración espiritual de Israel, el que fue

siempre, el que no ha dejado de ser pueblo de Dios.

Los judíos siguen siendo pertenencia de Dios, el primer hijo que Dios tuvo: "Israel es mi hijo primogénito" (Ex 4,22). Israel es el hijo que se escapó de la manos al Padre. y el Padre no se puede olvidar de él (Jer 31,20.37; Is 49,14-15). Dios sigue a la espera. Israel volverá.

Cuando haya vuelto vendrá el reinado de Cristo (Ap 11.17) e Israel entrará en la Alianza eterna (Cf, Jer 31,33-40; Is 5,20). Para el inicio de la primera etapa hubo una señal, como antes dijimos. Para esta segunda etapa habrá también una señal? Y en caso de haberla, ¿"cuál será la señal"? (Lc 21,7). A esto es a lo que responde, a nuestro parecer, el cap. 12 del Apocalipsis.

La Mujer: La Jerusalén Nueva.

Para la identificación de los personajes hay que decir, que estamos, ante una profecía, que tiene raíces en el A. T.

Es bien sabido que en el A. T. las relaciones de Yavé con su pueblo se describen con un lenguaje de esposos (cf. Os 1,2-3,5; Jer 3,1-13; Ez 16, etc.). Yavé es el esposo, y el pueblo es la esposa. Estas relaciones conyugales marcan una línea oscilante por lo que toca al pueblo. Dios hizo con ella una alianza de amor, pero ella ha quebrado muchas veces esta fidelidad pactada.

Dios, sin embargo, siempre es el mismo, el fiel. Y aunque a veces hasta intentó el olvido, no pudo realizar sus propósitos. Trata de castigarla, pero se le enternecen las entrañas y no tiene más remedio que compadecerse de ella (Jer 31,20). Y la llama con un inmenso dolor y un gran deseo de que vuelva

(Jer 31,21; Jer 3,21-, Cf. 54,1; Gal 4,27).

Esta mujer, que es siempre la colectividad, el pueblo, se centra en Sión -sin perder ese sentido de colectividad-, la Hija de Sión, Jerusalén (Jer 30,17). Son abundantes las profecías que hablan de Sión, de Jerusalén, como mujer en parto. Jerusalén tendrá que dar a luz. La Hija de Sión tiene dolores como de mujer en parto (Jer 6,24): "Te dueles, hija de Sión, como mujer en parto" (Miq 4,10). Sión, Jerusalén "como la mujer encinta cuando llega el parto se retuerce y grita en sus dolores» (Is 26,17). "Oigo gritos como de mujer en parto, alaridos como por la muerte del primogénito. Es la hija de Sión que grita y se retuerce las manos. ¡Ay, ay de mí! ¡Mi alma desfallece ante las ansias!" (Jer 4,31). Tiene que ser madre de un hijo varón: "Antes de ponerse de parto ha parido; antes de sentir los dolores dio a luz un hijo" (Is 66,7).

Este hijo varón no es una persona singular y concreta, individual, sino una colectividad. No es el Mesías, sino el pueblo nuevo:

"Quién oyó cosa semejante? Quién vio nunca tal? Nace un pueblo en un día? Una nación nace toda de una vez? Pues Sión ha parido a sus hijos antes de sentir los dolores" (Is 66,8).

Por eso podía decir el profeta:

"Regocíjate, estéril, la sin hijos; entona un canto de alegría, tú que no conoces los dolores de parto. Porque los hijos de la abandonada son más numerosos que los hijos de la casada, dice el Señor" (Is 54,1)

San Pablo interpreta estas palabras así:

"La Jerusalén de arriba es libre, esa es nuestra madre"
(Gal 4,26).

Eso es justamente lo que está aconteciendo en el cap. 12 del Apocalipsis. La mujer es Jerusalén, la Jerusalén nueva, la Jerusalén de arriba.

En el cap. 17 se habla de una ramera, que es una gran ciudad (Ap 17,18). En el 12, de la mujer fiel, que es la gran ciudad, Jerusalén (Ap 12,1).

En 12,1 se presenta a una mujer en el cielo, vestida del sol y adornada con la luna y doce estrellas; en 21,1 también aparece la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo ataviada como una esposa. Así la veía ya Isaías, cuando dice a la Jerusalén nueva: "Tu sol no se pondrá jamás y tu luna nunca se esconderá, porque será Yavé tu eterna luz" (Is 60,20).

Justamente lo del Cantar de los Cantares: ¿"Quién es esta que se alza como aurora, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como escuadrones ordenados"? (6,10).

San Juan ve a la Jerusalén nueva transfigurada, resplandeciente y divina, engalanada con el sol, la luna y doce estrellas. Añade las doce estrellas, porque ve en ella a Israel, al resto de Israel, que ha permanecido fiel, al Israel según el espíritu, que va a realizar las profecías finales. Ya en el A. T. se identificaba también a la Virgen de Israel con el "resto" (Jer

31,4-7).

Se cumplen ya las cosas nuevas y maravillosas, que Yavé realizaría en el tiempo, y la mujer, Israel, el resto fiel, la Jerusalén nueva, ataviada ya sólo para Dios, su esposo, ha rodeado al varón (Jer 31,32). Dios se la había llevado al desierto para consolidar allí sus amores, para hablarla al corazón y atraerla (Os 2,14) y ella le llama "marido, su marido" (Os 3,16), vestida con vestiduras de fiesta (Is 52,1). Ahora son ya esposos para siempre, desposados con fidelidad eterna (Os 2,19-20). Ahora se pueden realizar los deseos de Dios: "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Jer 30,32), tantas veces repetido en el A. T.

Jerusalén, la Ciudad Santa, se ha vestido de fiesta (Is 52,1) y aparece en el cielo idealizada, toda iluminada, en trance de dar a luz un hijo varón. el pueblo nuevo, un pueblo de justos (Is 60,21).

El Hijo Varón: El Pueblo Nuevo.

Mil doscientos sesenta días durará el sufrimiento de los judíos. Ese es el tiempo de las naciones. Pero eso terminará. Y entonces llegará la revitalización del pueblo hebreo. Las ramas desgajadas serán de nuevo injertadas en el tronco. Un nuevo parto de esta hija de Sión, de esta Jerusalén doliente en este tiempo de pruebas angustiosas. Y vendrá el reino glorioso de Cristo. Un reino que durará por los siglos (Ap 11,15). Cuando llegue definitivamente "el que es, el que era", el pueblo hebreo, injerto en la nueva vida, haciendo con Dios la Alianza nueva, tiene un papel decisivo (Jer 31,33 ss; Is 59,20).

"Las naciones se habían enfurecido, pero llegó tu ira, y el tiempo de que sean juzgados los muertos y de dar tu recompensa a los siervos de los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y destruir a los que destruían la tierra" (Ap 11,18).

Estamos, sin duda, en el final, como aparece con más claridad en el paralelo Ap 20,12.

El pueblo hebreo -el hijo varón de la Jerusalén nueva profetizado en Is. 66,7-8-, este hijo de la mujer (Ap 12,5), puesto a salvo ya de todos sus enemigos, elevado y subido muy alto, como el siervo de Yavé (Is 52,13) -también al siervo de Yavé se llega incluso a identificar con el pueblo-, arrebatado junto al trono de Dios, donde está el Cordero (Ap 7), tiene su parte en el postrer destino de la Humanidad.

Ap 19,15 ss. describe al fin de los tiempos al Fiel, al Veraz, en un caballo blanco. Es el Verbo de Dios, seguido de los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco y puro. No serán acaso los 144.000 privilegiados, 12.000 de cada tribu del Israel de Dios? De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro. Así este pueblo nuevo (Ap 12,5; 2,7), unido al Hijo de Dios, tomará parte en la tarea de someter a las naciones.

Pero, en último término, será una sumisión de amor.

Esta vara de hierro lleva la destrucción para los enemigos del hijo varón, del pueblo nuevo, que son el dragón, la antigua serpiente, Satanás y sus ángeles. Pero lleva la salud para los gentiles: Decía San Pablo: "Si la reprobación (de Israel) es la

reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración". Será la vida, la vida para todos, la salvación también para los demás hijos.

La descendencia de la mujer: Los cristianos de la gentilidad:

Los otros hijos de la mujer son los gentiles pertenecientes a la Iglesia. Estos también se pueden llamar descendencia de Israel, de la Jerusalén nueva: "No todos los hijos de Israel son Israel, ni los descendientes de Abraham, sino que "por Isaac será tu descendencia". Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia (Rom 9,6-8). Estos hijos de la promesa son los cristianos, "el Israel de Dios" (Gal 6,16), herederos espirituales de la promesa, el resto de la descendencia de la mujer (Ap 12,17). El pueblo hebreo es "el hijo", los gentiles cristianos son "los hijos", las ramas del olivo silvestre injertadas en el tronco del olivo de Dios. Estos hijos son los predestinados, los que vencieron al demonio por la sangre del Cordero (Ap 12,11), los que despreciaron sus vidas y prefirieron morir (Ap 12,11), para poder guardar su vida para la vida eterna (Jn 12,25), los que guardan los preceptos de Dios (Ap 12,17; Jn 15,9-10), los que dan testimonio de Cristo (Ap 12,17).

El hijo varón, que se le escapó de las manos al Padre y que ha vuelto a la vida, es llevado, sin más, a gozar del reino, al banquete de la gloria. Es como el hijo pródigo, el "hijo muerto, que ha vuelto a la vida" (Lc 15,24), para el que el padre prepara un banquete. Y Dios celebra gozosamente su nuevo nacimiento. Había andado errante por el mundo y ahora entra de una vez a disfrutar los bienes de su Padre.

Los otros hijos, la otra descendencia, tendrá todavía que

luchar en la tierra, pero no luchan solos, luchan ayudados por Dios. Triunfarán, ciertamente. Si cuando "el hijo" se escapó de casa, ellos entraron en la casa, ahora, que el hijo ha vuelto, precisamente porque ha vuelto, serán ayudados por Dios, para que triunfen también en la última prueba y se realice por fin el que Cristo sea todo en todas las cosas.

Conclusión.

Creo, por tanto, que en el capítulo 12 del Apocalipsis no hay un sentido referido expresamente a la Virgen. Pero esto no obsta para que, a pesar de esto, y por encima de esto, se pueda hacer, como frecuentemente se ha hecho, una interpretación mariana del pasajes pero, a mi parecer, siempre que se haga en línea de acomodación y no en sentido bíblico propiamente dicho.

Si en el cap 12 de Ap hay alguna referencia a María, lo sería de una manera secundaria. Sólo a partir del s. IV se empieza a ver a María en esa mujer. En la actualidad se está insistiendo en esa referencia, algo que no se puede probar de manera segura.

III.- DOGMAS MARIANOS

1.- La Virgen Madre de Dios

I) LA SAGRADA ESCRITURA

El título de la Virgen "Madre de Dios" tiene su fundamento bíblico en los textos que hablan de la divinidad de Jesús y de María su madre. Si Jesucristo es Dios, María, que es su madre, es la madre de Dios. El texto más antiguo del N.T. referente a María es este:

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gal 4,4).

La mujer, que reviste de sangre y carne al Hijo de Dios, es María. La preexistencia del Hijo supone su divinidad. En el principio, cuando Dios creó el mundo, ya existía el Verbo que estaba con Dios y era Dios (Jn 1,1) "Y el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14) por mediación de María (Mc 6,3):

"Jesucristo, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte" (Flp 2,6-8).

Este texto afirma la naturaleza divina y la naturaleza humana de Jesucristo, el hijo de María (Lc 1,21-23)

2) LOS CONCILIOS

El concilio de Nicea (325) no hace mención expresa de María. En el Constantinopolitano II (381) se elabora la frase: "Et incarnatus est de Spiritu Sancto et María virgine": Se encarnó del Espíritu Santo y de María virgen, como de un solo principio. No se emplea la palabra madre, pero es bien claro que si se encarna de María, María es su madre.

En el concilio se discutió ampliamente sobre el término "*Theotokos*" (madre de Dios). Si María es la madre del Hijo de Dios encarnado, se la puede llamar legítimamente "*Theotokos*". Esto lo defendían los Padres alejandrinos, entre los que destacó Cirilo, mientras que los Padres antioquenos, entre los que destacó Nestorio, defendían que lo más que se podía decir de María es "*Christotokos*" (Madre de Jesucristo), pero de ninguna manera "*Theotokos*". En el año 430 el Sínodo romano, celebrado bajo la presidencia del Papa Celestino, condenó a Nestorio. Condenación que fue ratificada al año siguiente en el concilio de Éfeso (431), quedando legitimado, de manera definitiva, el título mariano de "*Theotokos*", Madre de Dios.

El concilio declara la unión de la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona divina del Verbo, engendrado eternamente por el Padre. En el concilio de Calcedonia (451) se condena el *monofisismo*, un error contrario al *nestorianismo*, pues afirmaba que en Jesucristo sólo había una naturaleza, la divina, ya que la naturaleza humana había sido absorbida por la divina "como el mar acoge en sí una gota de agua, había quedado divinizada. Por tanto a María no se la puede llamar "*theotokos*", pues no es madre en sentido verdadero. La condenatoria del monfisismo es esta:

"El Hijo, que antes de los siglos es engendrado por el Padre, según la divinidad, en los últimos días él mismo, por nosotros y por nuestra salvación, es engendrado por María Virgen madre de Dios según la humanidad".

El concilio emplea conjuntamente las palabras "Virgo" y "Deipara", virgen y engendradora de Dios. El concilio Vat. II, después de quince siglos, se plantea de nuevo el título de María Madre de Dios y lo hace en conexión con la Cristología y la eclesiología, como madre del Salvador y como miembro eminente y figura de la Iglesia, beneficiaria y continuadora de la redención:

"La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor" (GS 61).

La maternidad divina de María es el privilegio más excelso y la gracia más grande, de la que, de alguna manera, se derivan todas las demás que engrandecen su persona.

"María está enriquecida con la suma prerrogativa de ser la Madre Dios Hijo y por eso Hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria aventaja con creces a todas las demás criaturas celestiales y terrestres" (GS 53).

2.- La virginidad de María

La Iglesia enseña que María fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto; que concibió virginalmente, que su parto fue virginal y que fue perpetuamente virgen. Es el dogma de la triple virginidad o el triple dogma de la virginidad. Esto lo ha creído siempre la Iglesia desde los primeros tiempos y a lo largo de toda la historia.

1) CONCEPCIÓN VIRGINAL

Este dogma, substancialmente unido a la divinidad de Jesucristo, encuentra su apoyo en estos textos de la Sagrada Escritura: El Hijo de Dios preexistente (Jn 1,1) se hizo carne (Jn 1,14) por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35), "nació no de sangre ni de carne, sino de Dios" (Jn 1,13). Aunque nació "de una mujer" (Gal 4,4) , no tiene padre humano. Todo se realizó de manera sobrenatural, sin que la virgen perdiera su virginidad, tal y como estaba anunciado (Is 7,14) y lo constata el evangelio: "María se encontró encinta por virtud del Espíritu Santo, lo engendrado en ella viene del Espíritu Santo" (Lc 1,18-20)

La virginidad en la concepción es una deducción lógica de la divinidad de su hijo que se hace carne en ella sin concurso de hombre, con solo su consentimiento

2) PARTO VIRGINAL

Los mariólogos aportan dos textos bíblicos como testimonios del parto virginal: Jn 1,13 y Lc 1,35. En ambos se habla de la concepción virginal y de ello deducen que si la concepción fue virginal, inmaculada y pura, el hijo que es

inmaculado y puro, "el Santo de Dios", tuvo que nacer de manera inmaculada, sin manchar para nada la naturaleza humana de María. Y si la profecía de Isaías (7,14) se refiere tanto a la concepción como al parto, el acto de dar a luz tuvo que realizarse dejando intacta la virginidad, pues lo contrario, el ser como todos los partos, no tendría razón de "signo".

3) VIRGINIDAD PERPETUA

Esta virginidad no encuentra apoyo en la Sagrada Escritura. Los evangelios ni la afirman, ni la niegan. El que hablen de los hermanos y de las hermanas de Jesús, no implica que la Virgen tuviera más hijos, como ha quedado claro al referirnos a Mc 6,3 (pág. 21). Que Lucas llame a Jesús "el primogénito" (Lc 2,7), sien así que es "el unigénito" (Jn 1,18), no afecta a la perpetua virginidad de María, pues se trata únicamente de un término "legal" en orden a su presentación en el templo, puesto que "el varón primogénito tenía que ser consagrado al Señor" (Lev 12,8; Lc 2,23). No se puede pedir a los evangelios que hablen necesariamente de la virginidad perpetua de María, pues ellos centran su atención en Jesús, en su vida, en sus palabras y en sus obras y sólo en relación con él nos ofrece datos, muy pocos, de su madre.

4) LA TRADICIÓN

Desde los orígenes del cristianismo ha existido la creencia en la virginidad perpetua de María. He aquí unos cuantos testimonios:

San Ignacio (+ 110) dice que Jesús nació verdaderamente de una virgen. Nuestro Dios fue llevado en su seno conforme a la dispensación de Dios... y quedó oculta al principio en este

mundo la virginidad de María y su parto, del mismo modo que la muerte del Señor: Tres misterios sonoros que se cumplieron en el silencio del Señor.

"El Hijo de Dios se convierte en el hijo del hombre que, en cuanto puro, abrió el seno puro, justamente el que regenera a los hombres para Dios y él mismo ha hecho puro" (S. Ireneo).

"La dignidad de María consiste en haberse conservado en virginidad hasta el fin, a fin de que el cuerpo destinado a servir a la palabra no conociera relación sexual alguna, desde el momento que había descendido sobre ella el Espíritu Santo" (Orígenes). "La Virgen concibió sin lesión de su virginidad y dio a luz sin dolores... Fue el Espíritu Santo el que llevó en el parto lo que no se había experimentado nunca en el parto. Por eso el nacido no lesionó el sello de la virginidad, ni la Virgen sufrió" (S. Efrén). "Concibió virgen, dio a luz virgen y permaneció virgen" (San Agustín). S. Epifanió la llama "la virgen perpetua" y S. Jerónimo "la virgen eterna".

5) LOS CONCILIOS

La virginidad de María, expresa en los Santos Padres, y en el Magisterio de la Iglesia, fue sancionado en los concilios.

El concilio de Calcedonia (451) proclamó la fórmula: "Nacido de María, la Virgen" y se refería a la triple virginidad. Lo mismo el Constantinopolitano II (533): "Tomó carne de la gloriosa madre de Dios (*Theotokos*) y siempre virgen (*aeiparthenos*) María". El Lateranense IV (649) definió como verdad de fe la virginidad perpetua de María:

"Si alguno no confiesa según los Santos Padres que la

santa y siempre virgen inmaculada María es en sentido propio y según verdad madre de Dios, en cuanto que propia y verdaderamente al fin de los siglos concibió por obra del Espíritu Santo sin semen y dio a luz sin corrupción, permaneciendo también después del parto su indisoluble virginidad, al mismo Verbo, nacido del Padre entes de todos los siglos, sea anatema".

San Ildefonso de Toledo (667) decía esto: "Virgen antes de la venida del Hijo, virgen después de la generación del hijo, virgen en el nacimiento del hijo, virgen después de nacido el hijo".

El Vaticano II da por supuesta la doctrina tradicional y conciliar acerca de María , a la que constantemente llama "la Virgen" que no perdió nunca su "integridad virginal" (GS 57)

La virginidad perpetua de María se explica y adquiere su plenitud de significado en el hecho de su consagración a la persona y a la obra de su Hijo. Ella vivió siempre para él en su calidad de madre y de esclava. Antes de su vida pública para atenderle en entrega total; durante su vida pública para hacer un paréntesis en su vida, dejarle en la libertad más absoluta y quedarse sola en el silencio de Nazaret; y durante la pasión y la muerte allí está ella para compartir sus sufrimientos. Esa es la grandeza de su persona, su integridad perpetua, la virginidad sagrada de su alma, puesta siempre en él, sin el más leve apego a nada fuera de él¹. Ahí está la sublimidad de su virginidad. Ella no se manchó nunca con nada de este mundo pecador. Estuvo siempre llena y siempre llenándose de gracia y de santidad. Y ahí está su mérito, en ser la esclava perfecta, que renuncia a su propia voluntad, por servir a su hijo que es a la vez su Señor, "sirviendo con diligencia al misterio de la

redención con Él y bajo Él" (LG 56)

3.- La Inmaculada Concepción

El Espíritu Santo, que sienta cátedra en el corazón del hombre, enseña desde ahí directamente la verdad plena, sin que el hombre tenga necesidad de que nadie desde fuera venga a decirle cuál es la verdad y cuál la mentira, pues tiene la capacidad de discernimiento que le confiere el Espíritu (1 Jn 2,27). Fue el instinto cristiano del pueblo el que precedió y empujó a los teólogos para que, tras largas discusiones, formularan los fundamentos de este dogma de la Inmaculada Concepción.

La devoción popular proclamó siempre que la Virgen era toda santa, que en ella no hubo mancha alguna, que era Inmaculada. Y contra el pueblo, en el que radica el "sensus fidei" es inútil oponerse, pues oponerse a él es estrellarse, como les ocurrió a teólogos famosos, entre los que cabe destacar a San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Es sabido que en el pueblo de Dios la "lex orandi" tiene fuerza de "lex credendi".

Esto lo entendió bien el papa Pío IX que, antes de proceder a la definición del dogma, a través de la encíclica "Ubi Primum" (1849) preguntó a todos los obispos de la Iglesia cuales eran "los sentimientos del clero y del pueblo respecto a la concepción de la Virgen Inmaculada". De 603 Obispos, 546 se manifestaron en favor de la definición dogmática.

La Inmaculada Concepción significa que María fue

concebida sin pecado original. Ella fue la única que no arrastra el pecado de origen que se transmite por generación humana. No es del caso ahora entrar en la explicación del pecado original, cosa, por otra parte, nada fácil. Pero esto chocaba con la redención universal de Jesucristo, la liberación del pecado. Si ella fue concebida sin pecado, se quedaba fuera de la redención, es más, no la necesitaba. Este era el gran problema que encontraban los teólogos y que, por fin solucionaron. Primero con la llamada "redención anticipada" y luego con la "redención preservativa". Eadmero (1134) patentó esta frase: "Potuit et voluit; si igitur voluit fecit": pudo y quiso y si quiso lo hizo. Escoto (1308) completó la frase: "Potuit, deuit, ergo fecit": pudo hacerlo, convino hacerlo, luego lo hizo.

La Virgen fue preservada del pecado original, concebida sin mancha, por los méritos previstos de su hijo, "redimida de modo eminente en previsión de los méritos de su hijo" (LG 53). La redención de Jesucristo se efectúa en ella de la manera más perfecta , por estar destinada a ser la madre del Inmaculado, Jesucristo, en el que repugna metafísicamente la más leve sombra de pecado.

El 8 de diciembre de 1854 el Papa Pío IX promulgó en la bula *Ineffabilis Deus* el dogma con estas palabras:

"Declaramos, afirmamos y definimos que ha sido revelada por Dios , y, por consiguiente, que debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos

de Jesucristo, salvador del género humano".

La definición se refiere únicamente a la ausencia en ella del pecado original. No dice nada ni de su santidad ni de la inmunidad de todo pecado, aunque esto se diera también en la Virgen. El dogma es simplemente la formulación solemne de la creencia global de la Iglesia, asistida por el Espíritu de la Verdad. Esa fe de la comunidad creyente arranca, según la bula, de la Sagrada Escritura y se apoya la Tradición como una explicitación de la misma. Pero más que en los textos bíblicos, que por sí solos no tienen la fuerza probatoria requerida, la bula se apoya en la interpretación que los Santos Padres y los escritores eclesiásticos dieron a esos textos.

El texto principal es el protoevangelio: "Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella te aplastará la cabeza y tu sólo tocarás su calcañal" (Gn 3,15). Según los santos Padres aquí está prefigurado el triunfo de Jesucristo y de su madre sobre el Demonio y apoyada en esto, la bula dice que "la Santísima Virgen unida a él (Jesucristo) con apretadísimo e indisoluble vínculo, hostigando con él y por él eternamente a la venenosa serpiente, y de la misma triunfando en toda línea, trituró su cabeza con su pie inmaculado".

La bula tiene referencia a otras figuras que aparecen en los Santos Padres, pero en línea puramente acomodaticia, tales como el arca de Noé, la escala de Jacob, la zarza ardiendo, la Jerusalén gloriosa, aplicadas a la Virgen.

La bula cita también el texto de la Anunciación: "La llena de gracia" (Lc 1,28) y el saludo de Isabel (Lc 1,42), textos que, por sí mismos, tampoco prueban el dogma de la inmaculada, pero

que, a través de la luz que los Santos Padres aportan sobre ellos llegando a oponer a Eva con María en paralelismo de Adán con Cristo, se pudo afirmar que María salió de las manos de Dios toda pura. Ese plus de contenido, que no aparece en el sentido literal histórico de los textos bíblicos, aflora en la Iglesia guiada por el Espíritu a la verdad plena.

Ya desde el siglo VII se comenzó a celebrar en la Iglesia la fiesta de la concepción de la Virgen. El concilio de Letrán (649) la llamó Inmaculada y el de Trento, al exponer la doctrina sobre el pecado original, que afecta a todos los seres humanos, dice expresamente que no es su intención incluir en él a la Inmaculada Virgen María.

La Virgen es, pues, la única criatura humana "totalmente santa e inmune de toda mancha de pecado" (LG 56), redimida gracias a la retroactividad de la fuerza redentora de Jesucristo, el salvador de todos. Y todo ello debido al inmenso amor de Dios que quiso hacer de ella un prodigio de perfección y de santidad para que fuera digna madre del "santo hijo de Dios" (Lc 1,35), enriqueciéndola "desde el inicio de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular" (LG 56). Haciéndola inmaculada desde su concepción, Dios se adelanta al consentimiento que le va a pedir después para realizar, sirviéndose de ella, su proyecto eterno de salvar al mundo, ungiéndola con el óleo santo del amor que la transforma y, en cierto modo, la diviniza convirtiéndola en el antipecado y en la antiimperfección. Con esto tenemos en María la abanderada y la realizadora de la utopía, a la que están llamados todos los que han nacido de Dios, la impecancia y la impecabilidad: "El que ha nacido de Dios no peca... y no puede pecar porque ha nacido de Dios" (I Jn 3,9). Como tiene una naturaleza divina, no puede pecar, pues el

pecado es la antítesis de lo divino.

4.- La Asunción de la Virgen

El dogma de la Asunción de la Virgen Santísima fue definido por el Papa Pío XII el 1 de noviembre de 1950 con la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*

1) FUNDAMENTOS DEL DOGMA

En la Sagrada Escritura no hay texto alguno que hable de la Asunción de María. A pesar de todo, la Constitución Apostólica encuentra un apoyo del dogma en textos y en figuras bíblicas, no en sí mismos y en la exégesis que de ellos hace el método histórico crítico, sino en la interpretación que los santos Padres hacen de ellos. Dice también que esta interpretación patrística, que continúa a lo largo de la historia a través de los escritores eclesiásticos, se hace como expresión de la Iglesia, intérprete auténtica de la Sagrada Escritura, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo. Y en consecuencia hace referencia a varios textos bíblicos: Gn 3,15; Ex 20,12; Sal 45, 11.14-16; 132,8; Cant 3,6; Lc 1,28; Ap 12. En todos estos textos se pone de relieve la íntima relación que hay entre María y Jesucristo, no sólo a nivel físico, sino también a nivel espiritual en cuanto que ella es la primera creyente que se une moralmente a él y a su obra de manera integral y absoluta, incondicional y exhaustiva, desde la concepción hasta la cruz y después de la cruz como madre de la Iglesia que él fundó.

Dada esta compenetración total de la madre con el hijo, hay que deducir que la madre, al igual que participó en el

sufrimiento y en la muerte de Jesucristo, participó también en la resurrección y en la glorificación.

El apoyo más sólido del dogma está en la fe del pueblo de Dios, manifestada desde los tiempos más antiguos, sobre todo a partir del siglo V. La unanimidad moral de todos los miembros de la Iglesia en la creencia de la ascensión corporal de María es la garantía de su realidad histórica. La plegaria y la devoción universal de la Iglesia son el argumento principal del dogma. Este testimonio universal de orar y de creer es la expresión de la revelación divina.

El mismo Pío XII, antes de proceder a la definición dogmática, con la encíclica *Deiparae Virginis* hizo una consulta en la que preguntaba a todos los obispos de la Iglesia si sus fieles creían en la Asunción de la Virgen y si querían que esa verdad fuera definida y si ellos mismos la juzgaban oportuna. La unanimidad de los obispos contestó afirmativamente a la primera pregunta y la mayoría contestó también afirmativamente a la segunda. El Papa, en consecuencia, procedió a la definición dogmática.

2) SENTIDO DEL DOGMA

La Constitución Apostólica declara y define, como verdad revelada, que "María, madre de Dios, inmaculada y siempre virgen, al terminar el curso de su vida terrena fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial". A estas palabras el Vaticano II añade: "Y fue ensalzada por el Señor como reina universal con el fin de que se asemejara de la forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte" (LG 59).

Hay que decir que la definición no recae directamente sobre el cuerpo y el alma de María, sino sobre su persona. Es María, la integridad de su persona, en cuanto es "madre de Dios, inmaculada y siempre virgen" -verdades ya definidas- la que es asunta a la gloria celeste. La Asunción viene a ser así la culminación de todas las maravillas que ha hecho en ella el Señor.

María es el miembro preeminente de la Iglesia y a la vez la madre de la misma que alcanza la plenitud de la redención. Ella es la primera de todos. Todos, al fin, alcanzaremos esa misma suerte. Por eso, su asunción tiene también la función de signo escatológico para toda la Iglesia que camina hacia ese final feliz. La Virgen Asunta es la meta de la perfección escatológica hacia la que todos nos dirigimos. Ella se ha convertido en el punto de referencia de nuestra esperanza, la realidad eterna en la que entraremos en el mismo instante de nuestro tránsito al más allá.

IV.- LA VIRGEN MODELO DEL CRISTIANO

VIRGEN CREYENTE (LG 58)

Crejó en la palabra del Señor. Igual que Abrahán, padre de todos los creyentes, crejó contra toda esperanza, porque para Dios nada hay imposible (Gn 18,14). María, madre de todos los creyentes, crejó en lo que el ángel le anunciaba, pues para Dios todo es posible (Lc 1,37). Se fió de Dios, se dejó llevar por él hacia el misterio, hacia lo humanamente inexplicable. Crejó y "avanzó en la peregrinación de la fe" en unión con su hijo hasta el calvario. Recorrió el camino de la fe, sin comprender la razón del camino que iba haciendo cada día, cada instante, a través de oscuridades y tinieblas. Y eso es la fe, caminar en la noche con la esperanza cierta de llegar a la región de la luz, donde ya no habrá fe, habrá visión.

VIRGEN ORANTE (MC 18)

"La oración es hablar de amor con aquel que sabemos que nos ama" (Sta. Teresa). La Virgen estuvo siempre en diálogo de amor con el que es "el Amor". Ella es la más amada del Señor y la que más ha amado al Señor. El Magnificat es la oración bellísima que salió de su corazón enamorado de Dios y de los hombres. Toda su vida fue una oración continuada.

VIRGEN OYENTE (MC 17)

La oración no es una charlatanería (Mc 6,7). A la oración no se va a echar un discurso a Dios, se va a escuchar la voz de Dios: "Padre, habla, que tu siervo escucha" (I Sam 3,9-10; Sal 99,7-8). Se trata de estar con Dios, de sembrar sus palabras en el centro del alma y de hacerlas fecundar en el amor. Y eso hizo María que guardaba todas las cosas en su corazón reflexionando constantemente sobre ellas (Lc 2,51)

LA DISCÍPULA DEL SEÑOR (MC 37)

Fue el modelo perfecto del discípulo del Señor. María la hermana de Lázaro, sentada a los pies de Jesucristo, es la mejor estampa de la Virgen, con el alma siempre a los pies de su hijo, porque, aunque ella es su madre, él es su maestro y Señor. El fundamento bíblico de su discipulado lo encontramos en el evangelio. María fue la discípula perfecta, porque escuchó y puso en práctica como nadie la palabra del Señor (Mc 3,31-35).

VIRGEN OFERENTE (MC 20)

María hizo de su vida una ofrenda activa y pasiva. Al Padre le ofrece a su divino Hijo, hecho hombre a través de ella y al mundo le ofrece su propio hijo que es Dios con los hombres. Y se ofrece a sí misma de manera radical como esclava al servicio de Dios y de los hombres.

LA POBRE DE YAVÉ

María es la más genuina representación de los *Anawim*, los pobres de Yavé, los socialmente pobres que han puesto su vida en las manos de Dios y de él, únicamente de él, lo esperan todo. María es la primera de todos los pobres, porque fue socialmente pobre y espiritualmente humilde (Sof 3,12), porque vivió la radicalidad de la pobreza.

LA NUEVA EVA (LG 63)

Eva es la mujer antigua, madre de la familia antigua. Y María es la mujer nueva, madre de la familia nueva engendrada por Jesucristo e integrada por todos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (Lc 11,27), los que hacen la voluntad de Dios (Mc 3,32-35). Es "la mujer nueva", madre y modelo de todos los miembros de la familia cristiana, porque ella hizo, como nadie, la voluntad de Dios.

LA MUJER LIBERADORA (RM 37)

Libre y liberadora. De libre se hizo esclava, para ponerse al frente de todos los esclavos del mundo que reclaman, con toda justicia, su liberación. No hay en el mundo un himno más liberador y más revolucionario, en el sentido noble de la palabra, que el Magníficat, un grito de María que exige la liberación de todos los oprimidos de la tierra, el final de todas las esclavitudes. La Virgen es "la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos" (Juan Pablo II), es la madre de la libertad.

LA TODA SANTA (LG 56)

El santo por esencia sólo es Dios. Pero los Santos Padres no dudaron en llamar a María "la toda santa"; (*panagía*). Porque al encarnarse en ella "el Santo", la santificó por entero. Fue la totalmente entregada a Dios, la inmaculada, la que nunca se dejó llevar por las vanidades y las estupideces que aherrojan a todos los humanos,

MAESTRA DE ESPIRITUALIDAD (MC 21)

La espiritualidad cristiana tiene, como santo y seña, la cruz, dos palos cruzados. Uno que mira hacia el cielo, que nos une con Dios, a quien se lo debemos todo y al que nos debemos por entero. Y otro que se abre en horizontalidades infinitas, en solidaridad con todos los hombres y mujeres a los que debemos muchas cosas y a los que también nos debemos por entero, pues ellos son en la tierra la representación de Dios que está en el cielo. Y eso fue ella, modelo de entrega a Dios y a los hombres, "tipo y modelo excelentísimo en la fe y en la caridad" (LG 53)

EVANGELIO VIVO

El evangelio es Jesucristo y Jesucristo se encarnó en ella y con él se encarnó también en ella el evangelio. Jesucristo no escribió los evangelios, lo escribieron los evangelistas. El no tenía necesidad de escribirlo en la fragilidad de papel y tinta,

porque lo dejó escrito, grabado a fuego en su madre. Todo lo que ella decía y hacía era evangelio puro.

ESPEJO DEL CRISTIANO

"María es el espejo que nos ha regalado Dios a cada uno de todos los creyentes" (S. Ambrosio) para que cada día nos miremos en él. Para que contemplemos el retrato ideal con el que debemos ir configurando día a día nuestro pobre y defectuoso retrato.

V.- EL CULTO A LA VIRGEN

1.- EL CULTO JUSTO

A la Virgen hay que tributarla el culto que ella se merece, sin exageraciones devocionales y sin tacañerías secularizadoras. Tan pernicioso es el maximalismo como el minimalismo mariano. No se puede caer en una "mariolatría endiosadora", pero tampoco en un negativismo iconoclasta. Tan exagerado puede ser, si es que lo es, el de "María nunquam satis" -de María nunca se dirá bastante-, como el "de María nunc est satis" -de María ya está bien- que ciertamente lo es. El culto mariano hay que ponerlo en su sitio. Eso es lo que pretendió el Vaticano II :

"María ensalzada por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres es justamente honrada por la iglesia con un culto especial... Este culto se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo" (LG 66).

Partiendo de estas palabras, el Papa Paulo VI, en la exhortación apostólica *Marialis Cultus* postula "una renovación y revisión de los ejercicios de piedad a la Virgen... una revisión que sea respetuosa, con la sana tradición y abierta a las legítimas aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo" (MC 24). He aquí los principios que, según el Papa, deben regir el culto a María:

1º) El culto a María no puede separarse del único culto cristiano propiamente dicho: "El culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, o, como se dice en la liturgia, al Padre por Cristo en el Espíritu" (MC 25). El culto a María tiene, como último fin, el culto a la Trinidad Augusta que la llenó de gracia y santidad.

2º) La razón de ser de la Virgen es en orden a su Hijo, con el que está indisolublemente unida. El culto a ella tiene, por tanto, un sentido esencialmente cristológico, en el que debe reflejarse el plan salvífico de Dios llevado a cabo por su Hijo que nació de Santa María virgen.

3º) El culto a María tiene que poner de relieve las obras que realizó en ella El Espíritu Santo, no sólo en la encarnación del Verbo en su seno purísimo, y en su santificación, sino también en su acción constante en la historia de la salvación y en la propia Iglesia.

4º) La piedad mariana de los fieles debe tener presente que María "en la Iglesia santa ocupa, después de Cristo, el puesto más alto y más cercano a nosotros" (MC 54). María está unida estrechamente a la Iglesia, y en ella, y con referencia a ella, debe ser honrada.

2.- LA DEVOCIÓN Y LAS DEVOCIONES POPULARES

En cuanto a la devoción mariana popular, centrada frecuentemente en tal o cual imagen, bajo tal o cual advocación, hay que decir lo siguiente.

1º) El segundo concilio de Nicea (787) aprueba, contra los iconoclastas la veneración de las imágenes, pero distingue entre la adoración latréutica, tributada únicamente a Dios, y entre la veneración honorífica, tributada a los santos y a las imágenes en cuanto a representativas de la persona venerada. A Dios se le reserva la palabra latría, a los santos dulía y a la Virgen hiperdulía.

2º) Las devociones populares a la Virgen son legítimas y merecen ser atendidas e incluso fomentadas, pues manifiestan el "sensus fidelium" en cuanto que son una expresión pública de la fe del pueblo, hondamente sentida, pero con una triple condición: 1ª) Que no caigan en la idolatría, en las milagrerías y en la superstición. 2ª) Que no se desentiendan de la moral y del compromiso cristianos, tanto en lo que respecta a Dios, como en lo que respecta al prójimo. 3ª) Que consideren siempre a María, no en sí misma o como figura divina independiente, sino en el lugar que le corresponde en la historia de la salvación en íntima relación con Jesucristo y con la Iglesia y como modelo de todos los creyentes.

"La religiosidad popular debe ser respetada y cultivada, como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico" (Juan Pablo II en Sevilla en el 1984). "Bien orientada esta religiosidad popular puede ser cada vez más para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo" (Pablo VI, Ev. Nun, 48). "La religiosidad popular puede describirse como el modo peculiar que tiene el pueblo, es decir, la gente sencilla, de vivir y expresar su relación con Dios, con la Santísima Virgen y con los santos" (Com. Ep. de Liturgia).

Creo que esta religiosidad es sagrada, pues representa la interacción de la *lex orandi* y la *lex credendi*.

3º) La devoción a María debe dar prioridad al culto litúrgico donde se manifiesta la doctrina mariana en toda su pureza.

El concilio Vaticano II "amonesta a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico, que estimen en mucho las prácticas, y los ejercicios de piedad hacia ella recomendadas por el Magisterio en el curso de los siglos" (LG 67)

Entre estas prácticas la Marialis Cultus recomienda el rezo del Angelus y del Rosario.

A pesar de todo esto, los fieles reclaman otras prácticas o fórmulas devocionales más cercanas y sencillas y a veces más apropiadas para los diversos momentos de la vida. Gracias a Dios, y a la misma Virgen Santísima, ya han desaparecido los devocionarios escritos con agua de rosas que sólo servían para alimentar sentimentalismos y adormecer el espíritu. He aquí la oración más antigua dirigida a la Virgen (del siglo III) recitada sin intermisión a través de los siglos y que juntamente con el Angelus y el Rosario debe alimentar cada día la devoción mariana:

"Bajo tu amparo nos refugiamos,

Santa Madre de Dios.

Nuestras súplicas no las rechaces en la necesidad,

mas líbranos en el peligro,

Oh sola casta, Oh sola bendita".

VI.- NOVENARIO EN HONOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Pablo VI afirma que la Biblia es "el libro fundamental de la oración". (MC 30). Esto supuesto, las Sagradas Escrituras deben ser la fuente inspiradora para la elaboración de las oraciones y de los escritos que los fieles necesitan y de los que debe alimentarse su piedad mariana, con el fin de que, al rezar a María, sean iluminados y adoctrinados por la palabra de Dios.

Con este fin y, teniendo como base la Sagrada Escritura, me he atrevido a redactar, más que una novena de la Virgen, en el sentido clásico tradicional, nueve reflexiones, en las que me dirijo a Nuestra Señora bajo nueve advocaciones de impronta bíblica.

1. NUESTRA SEÑORA DEL SILENCIO

Porque lo guardaste siempre. No sabemos nada de tu infancia y de tu juventud. Porque no nos lo has dicho. Supongo que serías una muchacha corriente, humilde y sencilla, trabajadora y obediente, sin destacar ni sobresalir en nada, cumpliendo simplemente con tu deber.

Silenciaste a tu esposo el misterio de la encarnación. Aunque ello importara ante él sus dudas sobre ti, tu descrédito y tu infidelidad, que podría incluso culminar en la humillante prueba del divorcio, aunque los planes de tu esposo eran justamente lo contrario: ausentarse él, para que todas las críticas cayeran sobre él por haberte abandonado.

Silenciaste a los betlemitas que el que ibas a dar a luz era nada menos que el Mesías. Todos te hubieran dado entonces el mejor cobijo en sus humildes casas. No sabemos nada de tu vida en Nazaret. Aunque el no saber nada es saberlo todo. Es saber que eras la esposa y la madre ideal, al servicio constante de tus dos seres queridos, la perfecta ideal madre de casa.

Llegó un día, en que tu hijo rompió el silencio de su vida privada y se puso a predicar por los pueblos una doctrina revolucionaria, que le hizo saltar a las primeras páginas de la opinión pública. De la noche a la mañana se convirtió en el judío más popular y más famoso, aplaudido por el fervor del pueblo, arrastrador de multitudes. Pero tú te quedaste en casa, sumergida en el sagrado silencio de tu vida, para que la gloria y la fama fuera toda para él. Cuando las masas populares preguntaban por su madre y glorificaban los pechos que le dieron de mamar, tú no estabas allí, tú estabas recogida en el ángulo breve de tu casita de Nazaret meditando en silencio las maravillas que Dios había hecho en torno a tu persona irrelevante.

El silencio más impresionante de tu vida es el del Calvario. Silenciosa y de pie ante tu hijo asesinado, sin proferir siquiera una palabra de dolor o de condena, sin rasgar el impresionante silencio de la muerte con un gemido lacerante o un lamento desgarrador de una pobre viuda, a quien la cruel y estúpida violencia de la agresividad humana le acaba de arrebatar a su hijo, a su hijo único. Tú siempre callada. Porque la mejor palabra es la que no se dice nunca. El mejor sermón no es el que se predica, sino el que se practica en el callado cumplimiento del deber.

Nuestra Señora del Silencio. Tus silencios son tus mejores

enseñanzas, son silencios que gritan. Enséñanos a saber callar. Vivimos en unos momentos, en que todos quieren hablar y hablar. Discursos, mítines, sermones, congresos, manifestaciones, movidas. Los medios de comunicación nos abruma, nos atropellan, invaden y destrozan nuestra vida privada. Todos hablan; queremos hablar todos; que se oigan nuestras voces. Esto es una locura que produce en el hombre un vacío penoso, una catástrofe personal irreparable y una degradación social desquiciadora de valores solidarios. Enséñame a callar, "oh Virgen del Silencio", pues el que mejor habla es el que mejor calla. Enséñanos a meditar todas las cosas en lo más profundo de nuestro corazón, como las meditabas tú. Tú quedaste inscrita entre los callados, los "taciturnos del país", los grandes maestros del silencio. Fuiste famosa no por tus proclamas sociopolíticas, por tus discursos grandilocuentes, porque movilizaras a las masas; lo fuiste justamente por todo lo contrario, por tus impresionantes y sobrecogedores silencios, que dicen y nos enseñan mucho más que tanta verborrea y palabrería vacua y sin profundidad alguna, que nos vemos forzados a escuchar.

Que sepamos hablar con el ejemplo de nuestra vida, de una vida silenciosa, que hace en cada momento simplemente lo que hay que hacer, sin ruidos, sin aclamaciones, sin voceríos, pues la razón y la perfección no está en los que gritan, sino en los que cumplen silenciosamente con los deberes contraídos.

El gran acontecimiento de la historia humana, la encarnación del Verbo, se realizó cuando un profundo silencio lo invadía todo.

2. NUESTRA SEÑORA DEL "SÍ"

Porque siempre supiste decir "Sí". Desde el instante mismo, en que el ángel te anunciaba la encarnación del Hijo de Dios en tus entrañas, cuando te dijo que ibas a ser madre. Te hiciste la esclava, en radical y plena sumisión. Renunciaste a tu voluntad de manera absoluta y para siempre. Dijiste que "Sí", que lo aceptabas todo; que en Él creías, que de Él te fiabas. ¿De quién, mejor que de Él, nos podemos fiar todos? Y te echaste en sus brazos, abandonando en ellos tu vida y tu destino. Y te dejaste llevar por un camino incierto, sin saber adónde ibas; a la buena ventura; adonde Él te llevara, aceptando siempre, siempre diciendo "Sí".

"Sí" a los proyectos misteriosos del ángel. "Sí" al viaje fatigoso hacia Belén en vísperas de dar a luz, con el recorrido de 150 kilómetros por caminos polvorientos. "Sí" a los apuros y zozobras del alumbramiento de tu hijo en la Noche Buena, venturosa noche tan amarga y tan feliz al propio tiempo para ti y para tu esposo en la inhóspita cuadra de Belén. "Sí" a la huida a Egipto, como si de vulgares delincuentes se tratara, siendo así que con tu esposo y con tu hijo constituíais la familia más justa y más santa de la tierra. "Sí" al perder a tu esposo y pasar a engrosar la lista de tantas viudas desoladas. "Sí" al quedarte sola en Nazaret, cuando tu hijo salió a predicar el evangelio, a anunciar que el tiempo se ha cumplido y que el reino de Dios ha llegado ya. "Sí" a la sentencia judicial más injusta de la historia, la condena a muerte del único justo, "Sí" a su muerte, a su resurrección y a su ascensión, para quedarte otra vez sola.

Te pasaste la vida diciendo siempre "Si". Como Abrahán. Creíste como él y también como él "esperaste contra toda

esperanza". Como él saliste a recorrer un camino ignoto, sin saber adónde ibas, adónde te llevaban, pero con la absoluta seguridad de que arribarías a buen puerto. Tú estabas siempre diciendo en tu interior: "Dios proveerá". Y así era, en efecto. La perfecta obediencia de la fe, como la tuya y la de Abrahán, acierta siempre. Aunque sea una fe oscura y dolorosa, un caminar a ciegas, un andar a tientas en la noche oscura. Pues lo vuestro, lo de Abrahán y lo tuyo, no fue una clara visión del porvenir dichoso, fue una sumisión total a lo desconocido, a lo humanamente incomprensible y absurdo. Tu inicial entrega, absoluta y total, fué el punto de partida para un camino lleno de oscuridad, de dudas y heroísmo, en el que siempre supiste decir "Sí". Eres para todos nosotros el paradigma de la fe, "la creyente"

Enséñanos, Señora y madre, nuestra a decir siempre "Sí". Porque un cristiano siempre tiene que decir que "Sí". "Sí" al sufrimiento, a las situaciones adversas, a los acontecimientos dolorosos. "Sí" al hermano, que necesita de mi consuelo y de mi apoyo, al que me pide algo, al que requiere mi comprensión y mi cariño. Un cristiano siempre tiene que estar dispuesto al "Sí" y nunca al "No". Un cristiano es una criatura de Dios en absoluta disponibilidad, en constante y abnegado servicio a los demás. Enséñanos a ser esclavos como tú, esclavos de Dios y esclavos de todos los hombres y mujeres, hijos todos de Dios y hermanos muy queridos, a los que debemos servir siempre

3. NUESTRA SEÑORA DE LOS POBRES

Porque fuiste pobre y amante de los pobres. Tu nacimiento

en Jerusalén, en una humilde estancia, se pareció mucho al de tu hijo en un pajar. No mentiste cuando dijiste que Dios se había fijado en la baja condición social de tu persona. Porque perteneciste siempre, y para mucha honra, a la clase social de los desposeídos. Tu esposo se ganaba la vida aserrando maderas y clavando puntas, arreglando sillas y cerraduras, poniendo ladrillos, o arreglando herramientas de trabajo. Siempre fuisteis pobres. Tu hijo entró en el mundo con la marca de la pobreza. Pudo haber nacido entre brocados de seda y bajo techados de oro, pero quiso tener un pesebre como cuna. Cuando tu esposo y tú lo presentasteis en el templo, hicisteis la ofrenda de los pobres, porque vuestra situación no daba para más. En su vida pública anduvo recorriendo pueblos y ciudades, como un desarraigado de la tierra, como un pobre de solemnidad, que no tenía siquiera donde reclinar su cabeza. Terminó muriendo en una cruz, despojado de todo, en la pobreza suma. Clavado al madero, pidió a Juan que cuidara de ti, pues te dejaba en total indigencia. Murió después recitando el salmo de los pobres.

En tu extrema pobreza radicaba tu grandeza infinita y, en definitiva, tu glorificación. Tú sabías que el Mesías tenía que ser pobre, para redimir a los pobres a través de su pobreza. Para liberar al pobre, al desvalido y sin amparo, a todos los oprimidos y marginados que gimen por el mundo. Todos los pobres del mundo se reconocen en el Mesías, el Siervo de Dios, el pobre elegido por Dios para liberar a los hombres de todas las esclavitudes que les tienen aherrojados. El salvador de los pobres tiene que salir de las filas de los pobres, nunca podrá salir de las filas de los ricos.

Por eso, su llegada se anunció en primer lugar a los pobres, a los proletarios, al pueblo de la tierra. Cuando comenzó su

vida pública, en su primera predicación, dejó bien claramente dicho a lo que había venido a este mundo: a evangelizar a los pobres, a liberar a los oprimidos. Hizo de su vida una opción de clase, se apuntó a la clase de los pobres, optó por los marginados. Por eso, en la carta magna del reino de Dios, la primera bienaventuranza fue para ellos: Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino. Los pobres son los ciudadanos de primera en el reino de Dios; y si el evangelio es de todos, lo es en primer lugar y por derecho propio, de los pobres.

Y pobres son los nadatenientes, los oprimidos, los marginados, los explotados, los desvalidos, los primeros evangelizados, las masas humildes, que le seguían enfervorizadas, los auténticos representantes del pueblo de Dios.

El prototipo de todos los pobres fuiste tú. Porque fuiste pobre de verdad, porque viviste siempre al día, porque tuviste fe en el de arriba, que da de comer a las aves del cielo y viste a los lirios del campo y cuida de todas sus criaturas con amor providente. El ejemplo supremo para saber valorar los bienes de este mundo, caducos y efímeros, lo encontramos en ti. De ti hemos aprendido que no vale la pena apegarse a los bienes materiales de este mundo de abajo, a los que inevitablemente habrá que dejar aquí. Sabemos, además, porque tú nos lo has dicho, que Dios llenará de bienes a los pobres y dejará sin nada a los ricos.

Enséñanos a ser pobres, a vivir con alegría nuestra vida indigente, porque esa será la mejor manera de vivir, siendo pobres y ricos a la vez, poseedores de la mayor riqueza, pues el verdadero rico no es el que mucho tiene, sino el que tiene poco y se conforma con lo poco que tiene. Que nos

conformemos con lo necesario, y no tengamos deseos de poseer más para no caer en las garras esclavizadoras del dinero. Que estemos abiertos a los demás; que ejerzamos la solidaridad, con los que tienen todavía menos que nosotros. Que luchemos para que desaparezcan las desigualdades sociales y que nos comprometamos con los pobres, con los marginados, porque ellos constituyen un sacramento vivo, en el que nos encontramos con la presencia dulcísima de Dios. No podemos estar en plena comunión contigo, si no nos apuntamos a la lista interminable de los que han optado por los pobres; esta comunión solidaria con ellos y contigo hará surgir una Iglesia, que se comprometa más decididamente con la justicia y la liberación de los oprimidos; pues esta opción en favor de los pobres ocupa el primer puesto en los postulados de la Palabra de Dios.

4. NUESTRA SEÑORA DEL DOLOR

O Nuestra Señora de la Espada. Pero no la espada en la mano para amenazar, sino clavada en el corazón para sufrir. La espada, que te pronosticó el anciano Simeón, cuando la presentación en el templo de tu divino hijo, en aquel segundo anuncio con tintes de amargura y de tragedia, tan distinto al primer anuncio, el del ángel, que preveía y te garantizaba un futuro glorioso, en el que tú serías la Reina-Madre del Hijo del Altísimo, heredero del trono de David, en un reinado eterno.

Poco duró en tu vida esa ilusión esperanzada. Ahora te dicen oficialmente en el templo que tu vida será un dolor sin término, o si quieres mejor, siete dolores prolongados y unidos. Porque el fervor del pueblo no ha visto una espada, ha

visto siete espadas cruzadas atravesando tu corazón de madre. El número siete indica la perfección, la plenitud. En tu caso, la plenitud, el colmo del sacrificio y del sufrimiento, el dolor consumado. Así, desde el primer momento quedaste oficialmente implicada en el interminable calvario de tu hijo.

Ese niño tuyo, niño también nuestro, el niño de todos, nada más nacer, es perseguido a muerte; y hay que emprender la fuga, comenzar a recorrer ese camino doloroso que culminará en la cruz. Tú, desde el primer instante, preveías, tenías la certeza absoluta, de que tu hijo terminaría asesinado. Y como buena madre te asociaste al dolor y a la muerte de tu hijo, "varón de dolores", como le llamaron los profetas, traspasado por nuestras injusticias y crueldades. Con él sufriste, con él compartiste su pasión. Por eso te llamamos "mujer de dolores", La Dolorosa; porque has sido la mujer que más ha sufrido en el mundo, ya que, al lado de tu hijo, sufriste tus dolores, los de tu hijo y los de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los espacios. La pasión cruenta de tu hijo tuvo la réplica exacta en tu incruenta pasión de madre. Por ser "La Dolorosa" y "la Misericordiosa Virgen de la Ternura" puedes comprender y aliviar los dolores de todos los mortales.

Tú aceptaste la espada, las siete espadas y las hundiste en tu corazón para que se fundieran en el horno ardiente de tu amor de madre, madre de todos los vivientes. Con el deseo de que en tu corazón se hundieran todas las espadas del mundo para transformarse en cruces, pues, en definitiva y según como se mire, la espada es también una cruz; que todas las espadas del mundo se hagan cruces, miles y miles de cruces clavadas por todos los caminos y las encrucijadas, cruces anunciadoras de que lo único que debemos hacer los seres

humanos es amar a Dios, línea vertical, y amar a los hombres, línea horizontal de la cruz, la señal del cristiano.

Te pedimos señora y madre nuestra, que sepamos, como tú, abrazarnos al misterio del dolor que es una gracia, un privilegio con que Dios premia a sus más fieles y leales amigos; la mayor desgracia sería vivir sin cruz, pues a la gloria sólo se va por un camino de cardos y de espinas; mantenerse firmes y constantes en el dolor es mantenerse en la esperanza. Aguantar el dolor es también vivir en el incondicional seguimiento de tu hijo. Para un cristiano leal seguidor de un crucificado, no puede haber gloria mayor que vivir y morir con las manos clavadas a un madero en cruz. Hay que aceptar el sufrimiento como prueba purificadora y como instrumento de santificación. Dios está siempre junto a los atribulados y el dolor es el camino que conduce a la felicidad; sólo Dios es capaz de cambiar el luto en alegría: "los que siembran con lágrimas, cosechan entre cantares" el sufrimiento, generosamente asumido, es una fuente inagotable de felicidad y de alegría. Sólo los que así saben sufrir encarnan en su vida la paradoja evangélica del dolor y la alegría indisolublemente unidos en todo fiel cristiano.

5. NUESTRA SEÑORA DE LA MEDIACIÓN

O Nuestra Señora del vino. Porque tú provocaste el primer milagro de tu hijo: convertir el agua en vino en las bodas de Caná. Fuiste invitada en calidad de madre. Y fuiste, como se va a las bodas, a pasártelo bien. Pero fuiste también a echar una mano. Hacendosa y solícita, servías las viandas y las jarras de vino. Al llenar una jarra te diste cuenta de que las tinajas

estaban vacías, que el vino se acababa. Y fuiste corriendo a decírselo a tu hijo. Había que evitar a los novios el sonrojo de encontrarse sin vino a mitad de la fiesta. Y la fiesta tenía que continuar, había que seguir divirtiéndose y alegrándose con los nuevos esposos. Una fiesta sin vino deja de ser fiesta.

Te pusiste entre tu hijo y los criados, en medio, como mediadora, que ese es tu oficio. A él le dijiste: "No tienen vino". Le pediste con autoridad de madre, con pleno derecho, que arreglara la situación. Que no falte de nada. En una boda no puede faltar nada y menos el vino. Y a ellos les ordenaste: "Haced lo que él os diga», porque tú sabías que tu hijo daría la solución. Fuiste la perfecta mediadora, presentando a Dios las necesidades de los hombres y pidiendo a los hombres que escuchen la palabra de Dios - "lo que él diga" - y que la pongan por obra - "haced".

A ti te debemos este milagro, que puede servir de escándalo para los fariseos y los beatos, que no sabrán nunca comprenderlo. Hacer seiscientos litros de vino exquisito para que la fiesta no decayera y siguiera la alegría de las bodas. Y es que tu hijo y tú no erais "aguafiestas" como ellos, sino justamente todo lo contrario, unos "alegrafiestas".

Habrà gente, muy espiritual ella, que hubiera preferido que el primer milagro del taumaturgo hubiera sido el que propuso el demonio: tirarse desde el pináculo del templo, rodeado de multitudes en una fiesta solemne, y ser cogido en los aires por los ángeles del cielo. Un milagro muy espectacular, muy espiritual, muy angélico. Mientras que el milagro del vino parece demasiado vulgar y chabacano, excesivamente material y humano. Ahí, empero, radica la grandeza del milagro, en que es muy humano. Tu hijo ha venido justamente

a eso, a socorrer la desventura humana, las privaciones, las necesidades, los sufrimientos de los hombres.

El milagro indica también que hay que vivir en alegría. La Biblia dice que el vino es alegría de Dios y de los hombres. Bien puede ser considerado como la ambrosía, el néctar de los dioses. Tu hijo, en el primer banquete público y social al que asiste, hizo a los anfitriones de la fiesta el mejor regalo de bodas, para que corriera el vino en abundancia; y en su postrer banquete, la última cena, nos dejó como sacramento y presencia suya el vino consagrado.

Algo muy especial tendrá el vino, cuando tu hijo quiso consagrarlo. El vino nos enseña a dar culto a la generosidad y a la alegría. Un hombre de fe, un cristiano, tiene que ser un hombre generoso, simpático, alegre y optimista; que lo da todo y lo acata todo como venido de la mano de Dios. Ocurra lo que ocurra. Sabe que todo está inexorable y amorosamente programado por la divina providencia; que ni siquiera las hojas de los árboles se caen sin su consentimiento. Lo que ocurra, eso será, sin duda, lo mejor para mí. Todo lo debemos aceptar con alegría. La vida es breve y se acaba muy pronto. No vale la pena estar tristes, si sabemos que dentro de muy poco estaremos eternamente alegres, gozando de una felicidad imperecedera, que nada ni nadie nos podrá arrebatarse ya. Que todo el mundo viva en alegría. Como aquellos invitados a las bodas, que, locos de contentos, se pusieron a aplaudir y a dar vivas al divino taumaturgo, que les había proporcionado aquel vino tan extraordinario. De esta manera tan festiva dieron gloria a Dios y creyeron que Jesús de Nazaret era el Mesías, era el Hijo de Dios, que había venido al mundo a remediar las necesidades de los hombres.

6. NUESTRA SEÑORA DE LA MATERNIDAD

La Virgen Madre. Ese fue tu gran privilegio, el ser madre. Madre de Dios y madre nuestra. El hecho más sublime del mundo es el de la maternidad. La criatura más excelsa y divina es la madre, el mayor regalo que Dios hace a los hombres: la madre, la sublimidad de la grandeza humana. La madre es el único ser que ejerce y vive las más ricas esencias del amor. La que se da enteramente ella, la que lo da todo sin pedir nada a cambio. Hay que levantar a las madres el monumento más colosal y más grandioso que jamás se haya erigido en el mundo. Cada hijo debemos levantar un altar a la madre querida en el recinto más sagrado de nuestro corazón.

Tu, Señora y madre nuestra, fuiste madre del hijo de Dios. Y amaste a ese hijo tuyo con amor infinito. Como todas las madres aman a los suyos. Y porque lo amaste, supiste enseñarle y corregirle, pues, aunque era Dios y estaba por encima de ti a distancia infinita, era también hombre, ya que tú le prestaste la fragilidad de la naturaleza humana y estaba, por tanto, sometido a tus cuidados y a tu autoridad. Cuando todavía niño, rayano en la adolescencia, se escapó intencionadamente de tu lado, la espada lacerante se hundió un poco más en tu corazón. Tres días y tres noches, sin comer y sin dormir, buscándole por aquí y por allá, preguntando a unos y a otros por el hijo perdido. Días y noches llenos de amarguras y quebrantos. Cuando lo encontraste en el templo, te pusiste en tu sitio y le pusiste firme: "Hijo mío, por qué has hecho esto"? Tuviste razón al pedirle cuentas de esa acción, que tú de ningún modo aprobabas. El tenía altas e inescrutables razones para obrar así, pero en los parámetros del comportamiento humano aquella acción era injustificable. Le pediste cuentas. Como deben hacer todas las madres con

sus hijos, cuando la conducta de estos no se ajusta a la adecuada normativa, social y religiosa, de los actos humanos. Esta actual permisividad para todo o para casi todo, que las madres conceden a sus hijos, aparte de ser incomprensible, es gravemente nociva para ellos. Eso no es quererles. Eso es facilitarles el camino de la perdición y la ruina. Si la madre quiere que sus hijos terminen en la delincuencia, que les dejen hacer lo que les de la gana, que les concedan todo lo que pidan.

Tú eres también, Señora y madre nuestra, la madre de todos nosotros, la madre de la Iglesia, de la asamblea humana, constituida por todos los hombres y mujeres, que poblamos la tierra. Cuando tu hijo, clavado en la cruz, te dijo que, al quedarte sin él, tenías al discípulo amado como hijo, pasaste a ser madre de todos nosotros, pues en Juan estábamos representados todos. Te dijo que cuidarás de nosotros y que nosotros cuidáramos de ti, que nos quisieras como le quisiste a él y que nosotros te quisiéramos a ti como él te quiso. Eres desde entonces nuestra madre, nos perteneces a nosotros, eres nuestra. Pasaste a ser una expropiada para utilidad de la humanidad entera. Esa expropiación la consumaste en la asamblea constituyente de la Iglesia en el pentecostés cristiano, cuando tú, la primera, junto a los apóstoles y al grupo de mujeres amigas, fervorosas seguidoras de tu hijo, recibisteis el Espíritu Santo y os embarcasteis, como tripulación divina, en la barca de la Iglesia para, en la más maravillosa singladra los siglos, surcar todos los mares del orbe y arribar a todos los puertos en un mundo sin fronteras.

Eres la madre de todos, pero debes serlo muy especialmente de todas las madres y mujeres de la tierra. Eres, la abanderada de todas las mujeres, de todos los

movimientos feministas, cuando, con toda justicia, reclaman el reconocimiento y el ejercicio de sus derechos femeninos. Dios hizo al hombre y a la mujer en igualdad perfecta. Y esa igualdad sagrada debe ser sagradamente respetada a todos los niveles. La mujer debe ejercer en la historia humana, que no es otra que la historia de la salvación, el protagonismo que la pertenece. El ejemplo lo encontramos en ti, la primera, después del único, en la historia de la Iglesia.

7. NUESTRA SEÑORA DEL AMOR

Del amor más bello. Nuestra Señora del amor hermoso. Porque, después de tu hijo, y a semejanza suya, has sido la que más y mejor has sabido amar. El amó hasta el colmo, hasta dar su vida por nosotros. Y tú nos diste hasta el último momento de tu vida la lección suprema del amor inmolado. El amor es donación y servicio, entrega total. Y eso fue tu vida, entrega total a los demás.

Impresiona, por ejemplo, el verte correr presurosa a ayudar a tu tía Isabel que en su ancianidad iba a tener un hijo, el precursor del que tú llevabas en tu seno. El evangelio nos dice que saliste muy deprisa, en lugar de quedarte ensimismada tras el anuncio del ángel dando gracias a Dios por tu primera comunión, la primera del mundo. Nos enseñaste que el bien hay que hacerlo deprisa, muy deprisa. Nos enseñaste que Dios quiere amor, no liturgia, que Dios no quiere que los hombres suplamos nuestra carencia de amor con un culto farisaico y engañoso. La vida auténticamente religiosa debe expresarse en un culto a los hombres, pues la norma suprema del hombre, más si es religioso, no puede ser otra que el amor. Un

amor sin límites, pues la medida del amor es amar sin medida. Amar a todo el mundo hasta olvidarse de uno mismo. El amor bien entendido comienza por los demás y termina por uno mismo. Amor sin ley, pues la única ley del amor es el amor mismo, hacer siempre lo que el amor demanda, pues obrando bajo el imperativo del amor, no habrá posibilidad de equivocarse nunca, ya que Dios, la grandeza infinita, es amor, "el amor", y por tanto, cuando por el amor somos llevados, por Dios somos llevados.

Tú, madre y Señora nuestra, por ese amor fuiste llevada siempre. En lealtad absoluta, pues la lealtad pertenece a la esencia del amor. Amor es la palabra que define exactamente tu vida y tu persona. La que más ha amado a Dios y a los hombres. La más amada por Dios; la eternamente amada en el Amado. La criatura que debe ser más amada por los hijos y las hijas del Amado. Nos enseñaste que la vida humana ni puede ni debe ser otra cosa que una relación de amor. Como nos lo cuenta el Cantar de los Cantares, el más bello entre todos, el único, porque es un canto al amor, en el que la esposa -que somos todos nosotros-, de amor enloquecida, va tejiendo y destejiendo, trenzando y destrenzando el embriagante y maravilloso juego del amor con su esposo querido, que es nuestro padre amoroso celestial. Nada hay más fuerte que el amor, fuerte como la misma muerte, impulso radical que emerge irresistiblemente de la esencia profunda de nuestro ser y que no hay poder humano capaz de detenerlo. Porque, además, querer estrangularlo o detenerlo es atentar gravemente contra el derecho más fundamental del hombre, el derecho al amor. Los hombres y las mujeres hemos sido hechos para amar y para ser amados.

Tenemos que amar a Dios, como le amaste tú, con todas las

fuerzas del alma, y que con esas mismas fuerzas tenemos que amar a todos los hombres y mujeres. Ahí está la gran doctrina cristiana, una idolatría del hombre, pues de los hombres hace dioses; si no amamos a los hombres y mujeres que vemos, no podemos amar a Dios al que no vemos. Sólo hay un mandamiento, el del amor; la señal inequívoca de que somos cristianos es que nos amamos los unos a los otros; al final de la vida nos van a examinar de amor, sólo de amor; por tanto, no vale la pena vivir, si no es para amar, para estar continuamente amando; hay que hacer de todos los seres humanos una comunidad de amor; los cristianos nos hemos entregado al amor, hemos confiado en el amor. Por eso hemos adquirido el mayor compromiso, pues nada es capaz de comprometer como el amor. El amor lo sufre todo, lo aguanta todo, lo tolera todo, todo lo justifica en el amado. Si no tengo amor, no valgo absolutamente para nada, no soy nada; soy un ser sin sentido.

A Dios no hay que temerle, hay que amarle; en el amor no puede haber temor y el que teme, no es perfecto en el amor. Dios es un padre amoroso que nos quiere con amores infinitos, al que nosotros debemos amar con la casi infinita capacidad de amor que él nos ha regalado.

Te pedimos, Señora, que el amor nos penetre hasta el fondo del alma; que el Espíritu Santo, el amor substancial, el amor hecho persona, toque nuestro corazón con su palabra única: el amor. De este modo podremos ir por el mundo sembrando de amor todos los caminos, para acabar con tantas malquerencias, tantos odios, tantas rivalidades y tantas incomprendiones, con el deseo incontenido de que formemos todos, como los primeros cristianos, una comunidad con un mismo corazón y unos mismos sentimientos.

8. NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

Porque fuiste la madre del "Príncipe de la paz", la Reina-Madre de la paz. Los ángeles anunciaron su entrada en el mundo con el signo de la paz: "Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres amados de Dios", prelude anunciador de toda su obra redentora y mesiánica, predicar y realizar el evangelio de la paz. La paz, en efecto, era el don por excelencia, el compendio de todos los bienes mesiánicos, que el pueblo de Dios estaba incontenidamente esperando. La redención de Jesucristo no es, ni reclama otra cosa, que la reconciliación de los hombres con Dios y la reconciliación de unos con otros, hacer las paces entre todos. Su nueva alianza, escrita en el corazón de los humanos y rubricada con su sangre, fue una alianza de paz.

Con esta alianza se derribaba el muro de separación de lo humano y lo divino, se rompían las cadenas de todas las esclavitudes, se destruían todas las fronteras del mundo y se constituía un pueblo de Dios universal y único. Se reestrenaba el concierto armónico y pacífico, la convivencia paradisiaca de todos los seres vivientes, se reconstruía la paz cósmica, la perfecta armonía del universo.

Pero era una paz dinámica, que se tenía -que se tiene- que hacer y conseguir con el esfuerzo humano. La paz es un don de Dios, que, al propio tiempo, hay que merecer. Para que este don supremo nos sea concedido, los hombres tenemos que edificar una sociedad en la que reine la justicia. El más grande de todos los profetas proclamó que la paz es obra y fruto de la justicia; que sin justicia no puede haber paz. La paz sólo germina en la tierra fecunda de la justicia. Una de las ideas fundamentales de la Biblia, clave fundamental para que

sea correctamente interpretada, es que el Mesías tenía como misión primordial en su quehacer, implantar en el mundo la justicia y el derecho, binomio crucial en la historia de la salvación, que debe ser correctamente practicado por los individuos, los pueblos, las comunidades y las naciones. Como supremo ideal de toda acción humana, religiosa y política.

Madre y señora nuestra, apúntanos entre los constructores de la paz, entre aquellos bienaventurados que trabajan con ahínco para que reine la paz en este mundo que corre el riesgo gravísimo de una destrucción total por el uso intencionado o fortuito de las armas modernas; entre los que exigen la inmediata y total destrucción de todas las armas fabricadas por la barbarie humana; entre los comprometidos en acabar con la absurda agresividad del hombre; entre los que reclaman a gritos la desaparición de la violencia y entre los que saben perdonar la barbarie y la estupidez de los violentos.

La violencia no se extingue con la violencia, sino con la paz; un cristiano, antes de matar, debe dejarse matar. La violencia, ni para los enemigos; la muerte, ni para los asesinos, absolutamente para nadie. Nadie puede arrebatarse a nadie el derecho a morir cuando Dios así lo haya dispuesto, no cuando arbitraria y cruelmente lo decida el hombre. Sólo a fuerza de bien podremos acabar con el mal. Si queremos la paz, no debemos preparar la guerra, como decían los antiguos, sino la paz, como nos enseñó tu hijo, que, al ser víctima de una muerte violenta y tener poder para aniquilar a sus verdugos, se dejó matar, no sin antes haber perdonado y hasta disculpado a los que tan incomprensible y tan injustamente le asesinaban.

Tras su resurrección triunfante, en los cuarenta días que precedieron a su ascensión gloriosa, tu hijo saludaba siempre con el saludo de la paz. Como si estuviera psicológicamente dominado por el deseo de la paz, aquel don supremo, que él había venido a conceder al mundo, que no estaba conseguido y que entonces y ahora, entre todos, tenemos que conseguir con nuestro esfuerzo, con nuestra solidaridad, con nuestra disponibilidad absoluta ante todos y para todos, sin discriminación alguna, con el mayor respeto a los derechos fundamentales del hombre, de todos los humanos.

9. NUESTRA SEÑORA DE LA GRACIA

"La llena de gracia", nombre que te puso el ángel. Fuiste la criatura más agraciada, la más bella, la más encantadora. Tuviste desde siempre la plenitud de la hermosura, imagen viva de la divina belleza.

En gracia fuiste concebida, sin la mácula de origen que todos los mortales arrastramos. Convenía que a un hijo tan santo pudieras ofrecerle albergue digno en tu seno purísimo. Fuiste "La Purísima". Conservaste y acreciste, a lo largo de tu vida, esa pureza original y única. Fuiste "La Virgen", la siempre Virgen. La virginidad alcanzó en ti la expresión suma, la entrega integral y exhaustiva de tu corazón y de tu vida a la voluntad de Dios. Te mantuviste siempre en las alturas, libre de todas las ataduras y de todas las ruindades que nos esclavizan a todos los humanos. Fuiste una mujer absolutamente libre, libre por ser esclava, la esclava del Señor. Dios te llenó de gracia para que te parecieras lo más posible a él. Y esa singular gracia tuya se fue prodigiosamente

engrandeciendo a lo largo de tu vida. Tú sola fuiste un evangelio vivo, la santidad perfecta. Madre de Dios hijo, hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo. La más bendecida por Dios, "la benditísima".

Los dogmas marianos nos enseñan que fuiste madre de Dios, que fuiste inmaculada, que fuiste virgen antes del parto, en el parto y después del parto, que fuiste inmune de pecado y que fuiste asunta gloriosamente al cielo. Tu mayor privilegio, del que se derivan todos los demás, fue el de la maternidad, el que Dios te eligiera para ser su madre, sin mérito alguno por tu parte, pues no puede haber criatura humana, por muy digna que sea, como lo fuiste tú -la más digna de todos- que pueda merecer ese don divino: Supiste cooperar con la gracia primordial y continua que Dios te dio y te fue dando a lo largo de toda tu vida. Te mantuviste santa y acrecentaste prodigiosamente tu santidad. Cada día eras más buena, hasta llegar a la plenitud de la bondad. Fuiste la vencedora del pecado. Como nadie escuchaste y cumpliste la palabra de Dios.

Consíguenos, Señora y madre nuestra, que la gracia divina inunde nuestra existencia; que abandonemos definitivamente nuestra vida de pecado. Consíguenos la gracia de vivir siempre en gracia y que sepamos vivir con gracia y con estilo, con el estilo propio de los hijos de Dios.

Todo esto, Señora, lo tuyo y lo nuestro, es un don del cielo, pues todo es gracia. Te damos gracias por tantas gracias como hemos recibido a lo largo de esta maravillosa vida nuestra; te pedimos perdón, al propio tiempo, por tantas gracias inútilmente recibidas, despreciadas por nosotros. Tu hijo no cesa de derramar sobre nosotros gracias y más gracias. Que

esas gracias divinas llenen en plenitud el mundo, que nos llenen a todos de Dios.

Índice	Pág.
I. ANTIGUO TESTAMENTO	7
1. LA MADRE DEL REDENTOR: GN 3,15	7
2. LA MADRE DEL EMMANUEL: IS 7,14	9
3. LA MADRE DEL SOBERANO: MIQ 5,1-4	15
4. OTROS PASAJES DEL ANTIGUO TESTAMENTO	18
II. NUEVO TESTAMENTO	23
1. LAS CARTAS PAULINAS	23
2. EL EVANGELIO DE MARCOS	24
3. EL EVANGELIO DE MATEO	26
4. LOS ESCRITOS DE LUCAS	28
1º) <i>EL EVANGELIO</i>	28
I. LA ANUNCIACIÓN	28
II. EL MAGNIFICAT	39
2º) <i>LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES</i>	54
5. LOS ESCRITOS DE SAN JUAN	55
1º) <i>EL EVANGELIO</i>	55
I. EL NACIMIENTO DEL VERBO: JN 1,13	56
II. LAS BODAS DE CANÁ: JN 2,3-5	57
III. LA CRUZ: JN 19,26-27	63
2º) <i>EL APOCALIPSIS: CAP. 12</i>	65

III. DOGMAS MARIANOS	81
1. LA VIRGEN MADRE DE DIOS	81
2. LA VIRGINIDAD DE MARÍA	84
3. LA INMACULADA CONCEPCIÓN	88
4. LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN	92
IV. LA VIRGEN MODELO DEL CRISTIANO	95
VIRGEN CREYENTE	95
VIRGEN ORANTE	95
VIRGEN OYENTE	96
LA DISCÍPULA DEL SEÑOR	96
VIRGEN OFERENTE	96
LA POBRE DE YAVÉ	97
LA NUEVA EVA	97
LA MUJER LIBERADORA	97
LA TODA SANTA	98
MAESTRA DE ESPIRITUALIDAD	98
EVANGELIO VIVO	98
ESPEJO DEL CRISTIANO	99

V. EL CULTO A LA VIRGEN	101
1. El culto justo	101
2. La devoción y las devociones populares	102
VI. NOVENARIO EN HONOR A LA VIRGEN	105
1. NUESTRA SEÑORA DEL SILENCIO	105
2. NUESTRA SEÑORA DEL "SI"	108
3. NUESTRA SEÑORA DE LOS POBRES	109
4. NUESTRA SEÑORA DEL DOLOR	112
5. NUESTRA SEÑORA DE LA MEDIACIÓN	114
6. NUESTRA SEÑORA DE LA MATERNIDAD	117
7. NUESTRA SEÑORA DEL AMOR	119
8. NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ	122
9. NUESTRA SEÑORA DE LA GRACIA	124

